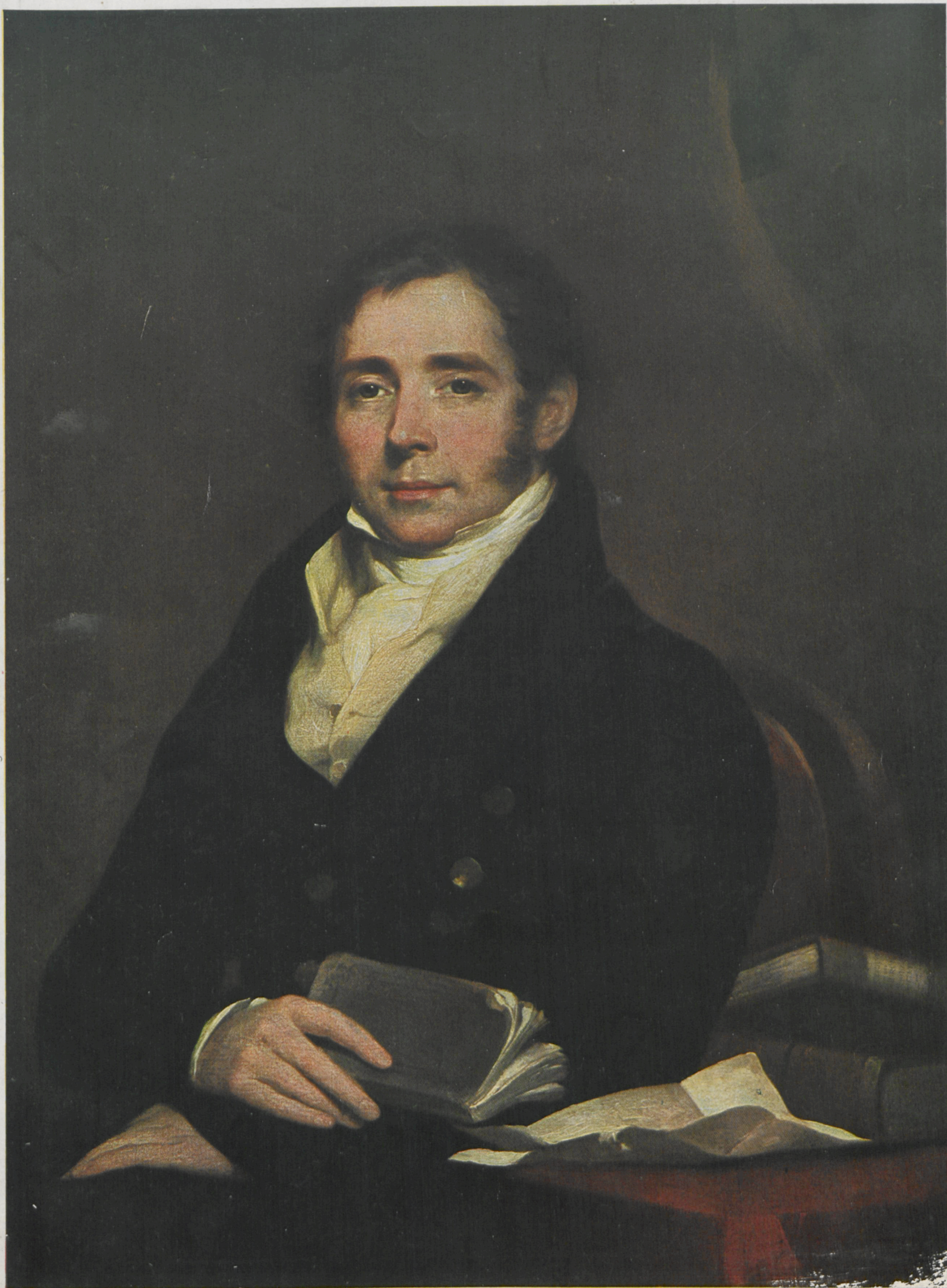


type

Libros Altra



UN CABALLERO INGLÉS

PINTOR D
CAMARA D
S.M. JORGE III

POR
Thomas Lawrence
OLEO

DIA COI
DD LOR
PELLERAN



M O N J E S P E S C A D O R E S

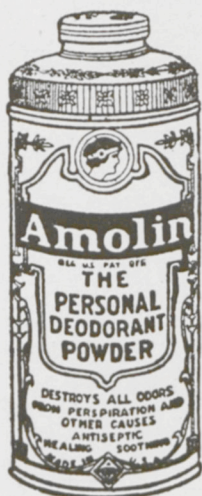
Los monjes del monasterio de monte Atos se procuran ellos mismos las comidas de vigilia sobre la pintoresca costa donde está enclavado el instituto.

Saltando de piedra en piedra o a bordo de lanchas, practican el deporte de la pesca, con gran alegría del hermano dispensero. Este productivo entretenimiento alegra la austera vida de los monjes, adiestrándolos también en la práctica de la paciencia que necesita todo buen pescador de almas aunque pertenezca a la iglesia cismática.

En esto siguen casi al pie de la letra el ejemplo de los doce apóstoles, los santos varones que en el lago de Tiberiades echaban las redes aguardando la venida del dulce Jesús.

Su vecindad con el mar no les dispensa de acudir a ingeniosos subterfugios para surtir la mesa de vigilia, como les sucedió a los frailes del cuento.

No teniendo pescado a mano, el prior decidió echar al estanque unos jamones que a la mañana siguiente los monjes pescaron.



¿Desea usted
siempre
estar

fragante
y
encantadora?

USE

Amolín

Un polvo maravilloso, blanco, no perfumado, antiséptico, absolutamente inofensivo a la piel más delicada.

AMOLIN neutraliza todo olor corporal desagradable, sin evitar la libre traspiración del cuerpo. No contiene Talco.

Se recomienda de un modo especial para duchas, desolladuras o rozaduras, no teniendo rival para aliviar el cansancio de los pies.

Para obtener muestra gratis y folleto explicativo, diríjase a cualquier droguería o farmacia.

Representantes para Sud América: **LIGHTNER & LEON**
BUENOS AIRES NEW YORK MONTEVIDEO

De venta en todas las Droguerías y Farmacias.

: LODI, NEW JERSEY, E.E. U.U.
THE AMOLIN COMPANY



Artículos Excepcionales de Rica y Lujosa Calidad

Los pedidos por correo recibirán la esmerada atención
de nuestro Departamento Español

H. Sulka & Company

NEW YORK
512 Fifth Avenue

PARIS
2 Rue de Castiglione

LOS ÚLTIMOS MODELOS DE PARIS



N.º 1. — Turbart Georgette, de gran lujo, adornado de una corona de paraísos.



N.º 2. — Grand chapeau relève de soie chapelier mordoré, con espléndido flanc paraíso, modelo de la casa Suzanne Talbot.



paraíso color briqué, modelo de Paulette et Berthe.

N.º 3. — Magnífica toca de terciopelo negro (Marie Guy) adornada de aigrette colonel y gorges d'acier.

N.º 4. — Capelina muy chic, de felpa rasée negra, con gerbes de



N.º 5. — Dernier cri, sombrero Marguerites, de hule negro, bordado de motif de oro y colores moda.

N.º 6. — Toque Eliani, de felpa chapelier negra, adornada de blaireau crosses.

N.º 7. — Bicornes aigrettes, última creación Louison, de gran chic, y para ceremonia.





BREVIARIO DE MODAS

Telas de belleza incomparable, suaves de tacto,
cromáticas de color y pletóricas de imaginación
creadora, sólo pueden obtenerse en Gath & Chaves



THE SOUTH AMERICAN STORES. GATH & CHAVES LTD. BUENOS AIRES, PARIS, LONDRES

PEQUEÑOS

Desde chiquitines se han distinguido por su vocación pugilista. Ahora, Douglas y Victor Ziegler tienen, respectivamente, cinco y seis años, y ya saben dar directos, *swings*, *uppercuts* y otros golpes con todas las reglas del arte. A pesar de su pequeñez, estos dos boxeadores de peso *edredon* ha-



CAMPEONES

cen sentir sobre las carnes del adversario una apreciable molestia.

Tal vez con la edad, como les sucede a casi todos los niños prodigios, pierdan sus facultades; tal vez dentro de algunos años sus nombres suenen a gloria para los oídos de fervientes aficionados al boxeo.



FRENTE DEL NUEVO EDIFICIO

Maison Carrau

Una de las primeras casas de modas, ha trasladado sus salones y talleres a su nuevo local

Arenales, 1093 esq. Cerrito

U. T., 2013 (JUNCAL)

BUENOS AIRES



*Manténgase
al Corriente*

*De la vida social e
intelectual de las gran-
des capitales del mundo*

Lea Ud. a

VOGUE

Hermosa Revista Norte Americana

Editada en Castellano

VOGUE será de su completo agrado porque la mantendrá al corriente de las actividades y de los acontecimientos del mundo elegante.

VOGUE será de su completo agrado porque le mostrará con meses de anticipación y con absoluta certeza las modas que van a usarse.

VOGUE será de su completo agrado por sus cualidades artísticas, sus cubiertas decorativas y sus hermosos dibujos y fotografías.

VOGUE será de su completo agrado porque le será útil de mil modos diversos y la ayudará a mantener con gracia su posición social.

PARA LA MUJER

Ansiosa de obtener de un modo autorizado la última palabra de la moda no hay publicación comparable con Vogue.

La mujer acomodada deseosa de vestirse con distinción encontrará en Vogue una fuente continua de inspiración.

La mujer de recursos limitados encontrará a Vogue igualmente atractiva, ya que la verdadera elegancia no es problema exclusivamente de riqueza sino antes de buen gusto. Es un hecho que cuesta tan caro vestirse mal como vestirse bien, y con la ayuda de las descripciones y de los patrones de Vogue se pueden reproducir y adaptar económicamente las creaciones más costosas y los efectos más elegantes.

La Edición en Español de Vogue se publica mensualmente y está de venta en las principales librerías en todas partes. Para suscripciones anuales o números sueltos, dirijase a los libreros de su ciudad pero en caso de que ellos no la vendan, escriba directamente a los editores a la dirección indicada abajo. Ellos tendrán gusto en avisarle dónde y cómo se puede conseguir esta magnífica revista.

PARA EL HOMBRE

Exigente en lo que se refiere al vestido, Vogue presenta todos los meses varias páginas de comentarios autorizados e interesantes sobre las elegancias masculinas, páginas acompañadas de ilustraciones tomadas de las mejores sastreías de la calle Sackville de Londres y de la Quinta Avenida de Nueva York.

Lo cual, unido a las páginas dedicadas al arte, al automovilismo, a los botes automóviles, así como a todos los deportes al aire libre, sin decir nada de las hermosas fotografías de las más notables estrellas dramáticas y del cine que se encuentran en cada número, le da a Vogue puesto prominente entre las publicaciones para hombres.

19 WEST 44th STREET

VOGUE



NEW YORK, E. U. A.

—PLUS ULTRA—

Pludecaker

SERIE 20
1235 Av. de Mayo

ARISTOCRATICO EN TODAS SUS LINEAS. MECANICAMENTE PERFECTO. UN COCHE QUE DA DISTINCION A SU DUEÑO. UN COCHE QUE LE ENORGULLECERIA POSEER.

SUIZA ARGENTINA Lago Nahuelhuapi. PAISAJE desde PUERTA ANCHORENA —



PINTOR D CAMARA
D SS MM CARLOS IV Y
FERNANDO VII D ESPAÑA

Fray Juan Antonio Viana de la Virgen María
O L E O
Vicente Lopez
1772 1800

PROPIEDAD D
DON ANTONIO
SANTAMARINA

TIERRA PROMETIDA

EVOCACIÓN
• DE VN • IDILIO •
• MÍSTICO •

Paul Bourget, al evocar el purísimo carácter de Mlle. Scilly, ha trazado una figura real y viviente. Muchos críticos han creído que ese amor virginal, místico, etéreo, pero en el cual se advierte un fondo de sublime egoísmo, era una invención impuesta por la necesidad, o el capricho literario de los contrastes. Mlle. Scilly, entretanto, existe en todas las sociedades educadas en una religión idealista.

Yo he conocido, de niño, un caso, sinoidéntico, estrechamente semejante al que sirve de argumento a *Terre Promise*, ocurrido allá, en los tiempos dichosos, los de la primavera juvenil, cuando estudiamos, cuando creemos, cuando amamos, todo con fe, con pasión y entusiasmo por la vida.

Mi ciudad universitaria de Córdoba era entonces, como Verona, como Florencia, como Rimini, aromada de rosas, jazmines e incienso, y mantenida en constante alerta religiosa por las graves campanas de sus iglesias, una corte de galanteos románticos, de aventuras misteriosas, de idilios trágicos, y de aparatosos e impresionantes ceremoniales monásticos.

Nosotros, los estudiantes, y todos los que soñábamos, y vivíamos más en el ambiente vago de las ideas que en el vértigo del comercio o de la política, nos sentíamos adormecidos por las emanaciones difusas de los incensarios y pebeteros, y las dispersas resonancias de los órganos de tantos templos suntuosos; y en ese tiempo, ya tan distante, absorbía toda nuestra atención y despertaba nuestra fantasía, la belleza y la novela íntima, de todos conocida, de una joven de la primera clase social, adorable, no tanto por la hermosura cuanto por la bondad y la virtud, y a cuyo recuerdo no puede dejarse de recitar el soneto eterno: *tanto gentile e tanto onesta...*, y decir de ella como de Beatriz:

*Ella sen va, sentendosi laudare
benignamente d'umiltà vestuta;
e par que sia una cosa venuta
di cielo in terra a miracol mostrare.*

*Mostrasi sì piacente a chi la mira,
che da per gli occhi una dolcezza al cuore,
che intender non la puo chi non la prova.*

Agregaba encanto a su hermosura ideal y a su humildad, una cabellera tan opulenta que, alumbrada por lampos de sol poniente, nos la dejaba ver como una fantástica creación de mitología oriental, o como esas mujeres irreales de los poemas del norte.

Ella se sabía amada por todos los corazones juveniles, como una promesa mística, como una aspiración de virgen piadosa, como una hermana cuya sonrisa llena todos los vacíos y soledades; la seguíamos timidamente en algunos de sus paseos para admirarla de lejos; y cuando concurría a la misa de los domingos, nos juntábamos en el colegio para ir al atrio a *verla pasar*; y no exagero al confesar que mientras la veíamos arrodillada en oración, nos parecía que una mano invisible nos obligaba a guardar silencio, para no interrumpirla en su divino coloquio.

Su novela era su amor secreto. Amaba a un joven de buena alcurnia, de gracia y gallardía varoniles, más de muy libres y disipadas ideas y costumbres; lo amaba con amor de santa, porque si sabía al menos que él no creía como ella, ignoraba todo lo demás, lo que lo hacía indigno de su elección; y así esperaba el doble triunfo del matrimonio y de la conversión a su misma fe y devoción acendradas. Lectores de Espronceda,



JOAQUÍN V.
GONZÁLEZ

como cuando se espera una dicha tan alta.

Y llegó también para nosotros los estudiantes, y vecinos, y pueblo, un día de duelo inmenso, de llanto público, como en los tiempos antiguos, cuando los profetas anunciaban las divinas iras. La niña amada de todos, la noviecita, la evocadora de armonías, la virgen de los cabellos de oro fuego, la visión que llenaba las almas al cruzar la vía hacia la misa matinal, iba a profesar, a encerrarse en el convento de Santa Catalina, a no dejarse ver nunca más de nosotros, los que la queríamos como una compañerita ideal de nuestras horas vacías, de soledad y de ausencia.

Parecía como si cayesen lágrimas del aire conmovido por las campanas cuando llamaron a la magna fiesta: la fiesta, sí, porque así se dice cuando la religión conquista una nueva santa; de duelo infinito e inconsolable para los que la queríamos como una intercesora, una dispensadora de indefinibles consuelos, al caminar hacia el templo, al bajar los ojos, al sonreír vagamente como diciéndonos: *tengo para vosotros un regalo que os enviaré algún día.*

Nunca se viera en la muy noble y muy católica ciudad, un concurso más enorme en un templo: las naves desbordaban de gentío; las bóvedas vibraban movidas por las oleadas de notas triunfales del órgano, que, velado por la espesa reja del coro, anticipaba el himno de la bienvenida a la nueva esposa de Cristo; y abajo, como una ráfaga caliente del desierto, oíase el continuo suspirar de la multitud, ávida, suspensa, casi sollozante.

Era aquella una muda tragedia cuyo final más fuerte que la muerte, sería el tajo de una tijera implacable, que cortaría de un solo golpe la cabellera fantástica; y su sombrío y lúgubre epílogo, el portazo final de la verja de hierro, cubierta por una inmensa cortina oscura, alzada entre la iglesia y el convento como entre la vida y la muerte.

Yo vi de cerca, niño todavía, y conmovido hasta las lágrimas, oculto entre la concurrencia privilegiada e indiferente para mí, toda la angustiosa ceremonia, que me pareció de una crueldad extrema.

¿Era porque nos la quitaban para siempre? ¿Era porque ya no admiraríamos más la cabellera sacrificada, en símbolo de la renunciación suprema de todo halago de la vida terrenal?

Y el momento ansiosamente esperado no tardó en llegar: cuando oímos el chirrido amortiguado de la afilada hoja, que segaba como una mata de oro deshilado la cabellera, suelta por última vez sobre la espalda de la neófita, un grito de dolor difundióse por las amplias naves, que al mismo tiempo sacudíanse agitadas por el torrente de armonías que cantaban una victoria allá arriba, y repercutían como un anatema en la muchedumbre arrodillada y como suplicante de gracia por la vida de aquel esplendor de belleza que se desvanecía.

Después, y por muchos años, la querida criatura arrebatada del mundo le enviaba los ecos de su recuerdo en las notas del órgano y del canto melancólico de la tarde, desde el otro lado de la reja velada del coro, velada como por una nube impenetrable, remedo de esa región de imperturbada beatitud, donde no habrá sino la sombra de una reminiscencia de la vida: verdadera *Tierra Prometida* para esas almas enamoradas con imposible amor, en este interminable desierto donde peregrina la raza humana.

ILUSTRACIÓN DE PETRONE



el viejo criollo se entusiasmó a la vista de la vieja fotografía. Sin embargo, según es corriente en los criollos viejos, halló demasiado moderno aquel arcaico vehículo. Los caballos de la primitiva galera tiraban a la cincha,

estos de la fotografía tiran al pecho. Tratabase de una galera del 77, uno de aquellos coches que huían ante el ferrocarril, para recorrer los caminos donde ya los ingenieros proyectaban futuras líneas. Casi iguales a esas las hay aún en provincias.

Después extendióse en la enumeración de prolijos detalles técnicos: las tres clases de pasajes que se amontonaban en el coche, los deberes y gracias del mayoral, la importancia relativa de los postillones, los cambios de tiro

DEL TIEMPO VIEJO LA GALERÍA

cada tres leguas y otras sabrosas enseñanzas que ya no sirven para nada. Y luego las anécdotas: aquel *record* famoso de una galera que en el día cubrió la distancia Buenos Aires-Azul, dirigida por el padre de un ahora personaje militar; las carreras reñidas en el camino con peligro de los pasajeros y de los coches; las inesperadas detenciones por causa mayor (accidente, lluvia o montonera); el difícil vadear de arroyos y bañados.

Era el buen tiempo viejo, el tiempo sin prisas, en el que no habían surgido los problemas y los apuros actuales. Nadie se atormentaba pensando en la comida, ni casi en la ropa, ni en la vivienda. El suelo era más hospitalario y la gente más campechana.

Viajes de negocios, de amor, de aventura, de conquista; lentos viajes en lucha con el polvo y el lodo y el cansancio, propicios a la intimidad de los pasajeros, más conformes con el espíritu soñador de la juventud.

Todo eso lo encerraban esas galeras que los metropolitanos no conocen ya sino por las narraciones entusiastas de los viejos y por los grabados y fotografías.

—¿Por qué desprecian las gentes a las cortesanas?, preguntó un día el crítico al hombre de las ideas hechas.

Y éste, con el énfasis propio de quien repite todos los lugares comunes que el uso ha acuñado, respondió muy grave: «porque hacen comercio con su persona.»

—De ningún modo, le repuso. Si así fuera, habría que despreciar a todos los que alquilan sus servicios. Desde el changador hasta el médico, desde el carrero y el lustrabotas al más encumbrado profesional de las carreras liberales, todos, más o menos, hacen lo que usted dice.

Quedóse el hombre mirando un rato y, por fin, soltó la definición que la observación le había sugerido: «porque venden el amor.»

—Eso es, le dijo el crítico. O, mejor expresado, porque fingen amor para hacer de él una mercadería. Así se hacen doblemente despreciables: porque simulan lo que no sienten y venden lo que no es vendible...

—Muy bien, replicó el hombre de las ideas hechas. ¿Pero a qué vienen esas preguntas y esa explicación?

—Vienen a propósito de algo de que estuvimos hablando, y porque me parece que en idéntica situación se halla la mayoría de los profesionales del arte.

—¿...!?

—Sí. Para hacer del arte una profesión, y una profesión lucrativa, es menester, en la mayor parte de los casos, fingir una inspiración que no se tiene y, en cualquier caso, producir para los demás lo que debe ser hecho únicamente para uno mismo.

—No lo entiendo bien.

—Es muy sencillo, sin embargo. Cualquiera que sea el punto de vista en que nos coloquemos respecto a los orígenes del arte, éste no pudo tener otro principio que el de satisfacer un gusto personal. En realidad, cuanto al objeto de arte, el origen es doble, pero psicológicamente es único. Ya fuera que creara las artes decorativas, para adornar a su persona o a su vivienda, o diera principio a las imitativas, copiando los demás seres para expresar el temor o la admiración que le causaban, el artista primitivo obraba bajo el impulso de una necesidad puramente subjetiva.

—Y ¿a qué viene ahora esa disertación arqueológica, sociológica o lo que sea?

—Para afirmarle que lo que fué desde principio tiene que ser siempre. El día en que un artista salvaje regaló a un compañero un objeto cualquiera trabajado por sus manos (digamos un hueso tallado) practicó sin duda un acto de altruismo. Pero en el día en que cambió una obra de arte por otro objeto que le era necesario, y empezó a hacer de eso un modo de vida, cometió indudablemente un acto que habría de tener funestas consecuencias.

—¿De qué manera?

—De una manera muy sencilla. Hasta allí sus obras eran suyas, y de allí en adelante él pasó a ser de sus obras. Antes trabajaba en su arte



TEMAS DE ARTE

EL PROFESIONALISMO

Por

JULIO NAVARRO MONZÓ

cuando se sentía con ánimo de hacerlo: en esa especial disposición de espíritu de la cual brota toda obra de arte, aun la más rudimentaria. De allí en adelante tendrá que hacerlo aunque no quiera y, por ende, tendrá que repetirse, y, falto de inspiración, caer en la rutina.

Quiere decir, ante todo, que el arte no debe ser hecho para el comercio. Un artista puede vender sus cuadros con tal de que no los pinte para vender. En otros términos: es necesario que cuando toma los pinceles lo haga movido únicamente por el propósito de fijar, de perpetuar una sensación fugitiva que le causó un objeto bello, una hermosa actitud, un rayo de luz o un

matiz delicado. Si, en lugar de esto lo hace ocupado por la idea de que es necesario agradar a tal o cual Mecenas, a tal o cual clase de público, su obra dejará de ser personal y, por lo mismo, de ser artística.

—¿Es necesario que sea personal para que sea artística?

—Indudablemente. Artista es el hombre (quiero decir el ser humano) que se halla dotado en mayor grado que los otros de la facultad, que todos tenemos en mayor o menor escala, de percibir la belleza y sentirla hondamente. De esta percepción y de esta sensación nace para él la necesidad de expresar en alguna forma la admiración que le ahoga y que desea comunicar a los demás para compartir la plétora de entusiasmo que le domina. Si, en lugar de esto, permanece frío y espera que sean los demás quienes le comuniquen la inspiración o le indiquen el tema, su papel, de activo que era, se vuelve pasivo. Ocupa el lugar del público y éste es la contraparte o lo opuesto a un artista.

—¿Y si las sensaciones que a él lo dominan no pueden en ninguna forma ser compartidas por los demás, si el público resulta incapaz de sentir las y de comprender al artista?

—Amigo mío: en una sociedad compuesta de hormigas, al que le toca ser cigarra tócale también soportar su destino. Pero, por otra parte, conviene tener en cuenta que tales cosas ocurren muchas veces por culpa exclusiva de los que se dicen artistas. Estos, para serlo, tienen que estar dotados de una hipertrofia del gusto y del sentimiento general: del sentimiento estético común a todo el género humano. Ocurre, empero, que muchas veces no hay tal hipertrofia, sino una desviación, una corrupción patológica de aquel gusto, y, en tales condiciones, es obvio que el público no los puede seguir en sus desvaríos.

—¿Pero cuando en realidad existe una verdadera hipertrofia, un refinamiento de gusto llevado al más alto grado y es el público quien, por circunstancias locales o temporales, se halla por debajo de la línea media del sentido estético que toda colectividad debe tener?

—En esos casos, señor mío, el artista corre la suerte del apóstol. Este, cuando lo es de verdad y de una causa bella, suele ser un

hombre que se adelanta a su tiempo o a su medio y sufre a consecuencia de ello. De los tales está llena la historia del género humano como de otros tantos jalones que indican la marcha del progreso.

—No es una perspectiva halagüeña...

—Puede que no lo sea, si lo miramos desde el punto de vista del egoísmo personal. Pero es una perspectiva noble, pues toda victoria sobre la rutina ha costado siempre algún sacrificio, y sin el sacrificio, mayor o menor, de cada uno, no sería posible ni siquiera la vida social.

PLUS
ULTRA

E N
N.YORK



A frase hecha se remoja y adquiere más intenso valor aplicada a la superciudad. Junto a Nueva York, París es una Babilonia de juguete. Sobre las orillas del Sena el espíritu se agigantó más que las construcciones. La torre Eiffel resulta un coloso rodeado de edificios pigmeos. Aquí cada caserón es una torre de Babel. Dentro de esas torres y entre esas torres, la multitud rueda como puñados de monedas que un pródigo arroja al suelo recién salidas del troquel, aun calientes por la presión. Un soplo

LA MODERNA BABILONIA

eléctrico sacude los nervios de aquellas muchedumbres vertiginosas, un soplo eléctrico que produce estados neuróticos de infinitos matices. Competiendo con los hombres, los vehículos ruedan también, y es un rumor disonante que martillea los oídos y los nervios. El hombre que desee probar las angustias del aldeano trasladado a una enorme urbe, puede venir.

Me figuro, y creo no errar, que un treinta por ciento de la población neoyorquina, aparentemente habituada, todavía no ha salido de su asombro y vive en el torbellino inquietante y rumoroso de su estupenda ciudad como forastero en



EL PUENTE DE BROOKLYN, 580 METROS, DE ACERO, TENDIDOS A 80 METROS DE ALTURA, A TRAVÉS DEL EAST RIVER.

Buenos Aires en días de fiestas centenarias. En ese treinta por ciento no incluyo a los menores de edad ni a la población flotante. Para mí se forma con gente nacida aquí y con inmigrantes europeos y del interior. Merced a estos inadaptables, que vivirán y morirán sin hacerse al medio, hay en Nueva York remolinos del gentío, codazos, pisotones y accidentes del tráfico. Es gente que sobra, que rueda mal como cobres deformados, gente que parece puesta allí para impedir la marcha alocada de los negocios. Tal vez sin ellos, verdaderas rémoras del tráfico, la ciudad hubiese adquirido mayor rapidez. Son como un lastre, como un gran puñado de anclas, como el retardador cinematográfico que nos permite ver lentamente todos los movimientos que en la realidad se verifican aprisa.

Parece mentira que la raza humana sea capaz de un esfuerzo de tal modo inaudito. Indudablemente el músculo vale más que los tornillos, bielas y excéntricas de acero.

Ahora bien: ¿el vértigo espiritual y material de esta urbe inmensa es una cosa sin precedentes en el mundo? El Eclesiastés del sabio Salomón responda por mí: *Nihil novum sub sole*.

El astro rey ha alumbrado multitudes semejantes que han vivido en urbes parecidas preparando evoluciones humanas que marcaron nuevos rumbos al progreso.

Cuando miramos los libros de historia y de arte vemos seres y cosas inmóviles. Las flechas se ciernen en el

TUMBA DEL GENERAL ULISES GRANT, HÉROE NORDISTA DE LA GUERRA DE SECESIÓN Y EJEMPLAR PRESIDENTE.



ESTATUA DEL GENERAL SHERMAN, PRECEDIDA POR LA GLORIA Y LLENA DE MOVIMIENTO, COMO LAS GENTES QUE LA RODEAN.

aire, las puñaladas están eternamente detenidas, los hombres y los caballos y los carros sólo se mueven con la actitud. Es que la Historia todo lo fulmina, lo convierte en estatuario. Por eso, nos figuramos a Babilonia poblada de multitudes lentas, majestuosas que cruzaban las calles como en procesión. En Menfis, el faraón, su comitiva, las tropas y el pueblo andaban igual que en el segundo acto de *Aida*: lentamente.

La toga romana nos da idea de una playa donde la gente paséase muy tranquila después de un baño elegante.

Yo creo que no. Los ciudadanos de Babel vinieron a la espantosa confusión de los idiomas, en tanto construían afanosamente la torre y negociaban al escape llevados por la competencia, el afán de lucro y otros móviles prehistóricamente humanos.

Aquí tenemos a los fenicios. En Tiro había rascacielos, y sus habitantes colonizaron medio mundo antiguo. Riéndose del *Non plus ultra*, cruzaban el estrecho de Gibraltar rumbo a Inglaterra, o rodeaban el Africa.

Esa gente, sin locomotoras, piróscafos, autos, cables, etc., fué tan corredora, tan incansable como la de Nueva York y otras villas febriles.

Todos sabemos, o nos figuramos, lo que esas babélicas dispersiones de multitudes que llegaban a no entenderse mutuamente produjeron en bien de la civilización universal. Produjeron con toda actividad los principios de todo cuanto ahora admiramos y tenemos: la conquista de mercados por medio de acaparadores.

El trust del estafío lo



LA PLAZA WASHINGTON, UNO DE LOS PARAJES NEOYORQUINOS QUE MEJOR RETRATAN EL ALMA PATRIÓTICA NACIONAL.



EL ANTIGUO POST-OFFICE VISTO
POR ENTRE LOS MONUMENTALES
FAROLES QUE LO RODEAN.

tenían los fenicios, y todos los proveedores de bronceas espadas y lanzas eran esclavos industriales de Tiro. El trust del derecho lo inventó Roma; Grecia, el de la democracia, etc.

En los libros del Destino hay presupuestada una cantidad desconocida, especie de cuenta corriente que Marte y Mercurio deben cubrir como personas de reconocido crédito en todas las bolsas mundiales.

Llamemos X a esos millones de criaturas que han de perecer. Cuando la partida quede llenada, acabaránse las guerras y los sufrimientos colectivos; el hombre se dedicará a cuidar sus dolores y a guerrear contra sus propias maldades. Ese día señalará el verdadero comienzo de la Edad de Oro, esa Edad de Oro que los antiguos colocaban en el pasado porque no creían en el porvenir o tenían miedo de mirarlo frente a frente.

Desde que la novela substituyó al poema épico, innumerables literatos se dedicaron a prever lo futuro, ingeniándose para bosquejar la pintura de las sociedades venideras.

Existen muchos autores que escribieron acerca de Nueva York y de las ciudades norteamericanas. Casi todos encuentran amplios motivos para vituperarlas; unos, por afán de distinguirse, preguntan como el caballo a la ardilla, en la ingeniosa fábula de don Tomás Iriarte:

*¿Tántas idas — y venidas, quiero, amiga, — que me diga,
tántas vueltas — y revueltas, son de alguna utilidad?*

Otros hacen de profetas Elías y claman contra las ciudades citando a larga fecha incendios, pestes, invasiones y terremotos just



LOS RASCACIELOS DE BROADWAY FORMAN UN VERDADERO CAÑÓN DE GRANITO Y MÁRMOL.



EL FLAT IRON, UNO DE LOS EDIFICIOS MÁS ORIGINALES Y ARTÍSTICOS DE LA GRAN CIUDAD.

Elías y todos sus colegas son respetables ancianos que al profetizar cumplen una misión moralizadora. Pero si es cierto que el hombre ha de ser malo siempre, ¿a qué viene lamentar tanto lo irremediable? No. El hombre sólo es malo de paso. Late en lo interior de su alma el espíritu de la bondad. Peca diez veces al día y ciento a la semana — con permiso de la aritmética — mas su incesante pecar labra el bien y la justicia. Por lo menos, mayor ejemplaridad tiene el crimen y el castigo que no la bondad individual refugiada en sitios inaccesibles. Si algo relativamente bueno proporciona la guerra al hombre, es la dispersión de semillas y la aceleración del movimiento civilizador. La libertad es hija de Marte. ¿Por qué, pues, justificar las guerras y no concederle ese beneficio a la batalla interminable que se riñe todos los días, domingos y fiestas inclusive, entre los rascacielos y dentro de los rascacielos? Aquí se prepara una evolución del espíritu y de la materia. No es necesario ser muy profeta para predecirlo. *Estas idas y venidas* tienen un fin que no sabemos, pero que lo conseguirán antes que los tranquilos campesinos definan siquiera su ideal práctico. Hasta ahora todos los libros en que se trata de dibujar el porvenir han errado. La cultura y la incultura tomaron otros derroteros, y, al divergir de las líneas rectas que esos autores trazaron, no hay peligro de un mutuo encuentro. ¿Qué serán Nueva York y Norte América en el año 2000? ¿qué influencia habrán ejercido en el mundo? ¿existirán aún? Tal es el problema o los problemas que yo me planteo a cada momento mirando y remirando esta enorme y agitada Nueva York. Mucho han hecho ya los incansables andariegos. Nosotros y los hombres de Europa, en tanto que achacábamos a los norteamericanos todas las mentiras enormes, no creíamos en su potencialidad. Las cosas más extraordinarias sucedían en Norte América, único país donde Verne se atrevió a importar el proyecto del viaje a la luna. Pero entre esas cosas extraordinarias no debían contarse las empresas artísticas ni el menor ideal. Aun no creemos en su ciencia, ni en su arte, ni en sus virtudes. Ayer mismo, cuando los Estados decidieron ayudar a las Naciones se decía: ¡Oro llevarán, pero soldados no! Mientras tanto, yo me sumerjo intrépidamente en ese río de hombres y me dejo llevar por la corriente hasta que me habitue o enloquezca.

ROBERTO LEE.

Nueva York, enero 1920.



*Arte
Argentino*

EREPUSCULO.

OLEO
DE

ATILIO
MALINVERNO



HAY en Sevilla, hacia la ribera del Guadalquivir, no lejos del muelle, un lugar

bastante ruidoso que las faenas del cercano puerto hacen poco propicio para los trabajos de la meditación. En ese lugar se levanta, sin embargo, una de las mansiones del mundo que más honda y sinceramente exalta la quietud ascética, la renunciación cristiana y el desdén por las obras y los afanes del hombre en la tierra.

Ese sitio desconsolado es el *Hospital de la Caridad*. Pero si induce al desconsuelo, y de una manera bien implacable, entiéndase que es sólo en lo que corresponde a las ilusiones y las vanidades de la vida terrena; en cambio insiste en ponderar a las almas cómo es de magnífico e imperecedero el camino que de la renunciación conduce a la gracia divina. En fin, el *Hospital de la Caridad* es una cosa ardiente, inflamada, apasionada, fruto de aquella época en que una larga etapa de catolicismo militante y una copiosa y extraordinaria literatura mística hacían posibles los más extremados movimientos de conversión. El fundador del *Hospital* era un converso, no sólo de la especie de San Ignacio de Loyola y San Francisco de Borja, sino inmensamente más significativo y exaltado, porque su renunciación tuvo un sentido mucho más radical. Mientras otros conversos buscan en cierto modo un lenitivo a través de la actividad predicadora, el converso sevillano renunció a todos los lenitivos y se hundió, se enterró materialmente entre sus pobres, sus apesados, sus moribundos. Hay en este caso algo como una furia ascética. La lógica realista del español y la violencia de la raza prestan al hecho un carácter original que nos estremece. Antes de la conversión era don Miguel de Mañara un caballero gentil y voluntarioso, prócer en la nobleza andaluza, rico en la afortunada Sevilla de aquel tiempo. Emulo de don Juan, gallardo y joven, ningún escrúpulo contenía los caprichos de su sensualidad. Su abolengo y su apostura, sus riquezas y su valor dábanle franquicia para perpetrar cualquiera suerte de atentados contra la vida de los rivales y contra la virtud de las vírgenes. Hasta que un día su alma se sintió repentinamente iluminada por la suprema verdad, que dice:

Nuestros placeres de la carne son efímeros y asquerosos, y nuestra vida vanidosa está sitiada por la próxima muerte. Sólo por la renunciación y por la ardiente caridad podemos redimirnos.

He ahí el espíritu que llena todo el ámbito de la fundación de don Miguel de Mañara. La repugnancia de la carne, la renunciación al mundo y la esperanza en la caridad, son, ciertamente, los



CUADROS ESPAÑOLES UN LUGAR ESCALOFRIANTE

POR JOSE M.
SALAVE-
RRIA



Isuquin Ballester la grabó

UNO DE LOS DOS LIENZOS MACABROS QUE VALDÉS LEAL PINTARA POR ENCARGO DEL ARREPENTIDO TENORIO.

motivos esenciales que informan todo lugar religioso; pero en ninguna parte está

eso expresado tan angustiosamente, tan obstinada y furiosamente como aquí. Toma el aire de un *leit motiv* alucinado. Toda la mansión, en suma, está obsesionada por la idea del fundador, que ha conocido los pecados del mundo como nadie y que, por tanto, puede hablar como nadie del asunto.

En efecto, el propio don Miguel de Mañara ha mandado grabar en una pared del patio del Hospital unos párrafos del Evangelio que condenan el mundo y ensalzan la caridad. No bastándole esto, ha rimado un soneto por sí mismo y lo ha grabado también en el muro. En seguida ha reclamado la ayuda de los arquitectos, los pintores, los imagineros más capaces de Sevilla. Quiere construir un palacio para los menesterosos y una iglesia que sea un alcázar para la divinidad. Ha puesto su fortuna, muy gran-

de por cierto, al servicio de la Cofradía, de la que forma parte como *hermano mayor*. Es uno de los hermanos que con más celo asiste a los

ajusticiados y entierra sus cadáveres; el que más se apresura a cuidar de los apesados y de los hambrientos.

Desea más todavía, y él personalmente dirige las obras del Hospital y aconseja a los artistas. Ahí está Murillo. El dulce pintor pone su disciplinado y amoroso pincel en la empresa, y los muros del templo se cubren con esos cuadros bellísimos que nues-

tros ojos admiran. Pero el alma de Murillo tiene demasiada claridad; mira el mundo demasiado bondadosamente. No es el pintor que necesita don Miguel de Mañara. ¡Qué serenos esos grandes lienzos que muestran a Moisés en el instante de arrancar agua de la roca desértica, y a Jesús entre la muchedumbre haciendo que se multipliquen los panes! Más que desprecio del mundo, esos admirables cuadros de Murillo expresan, al revés, un entusiasmo por la vida y una fe en la intervención de la Providencia en nuestros más apurados momentos... El mismo cuadro que representa a San Juan de Dios conduciendo en hombros un moribundo y sostenido por un ángel, aunque es una de las obras más varoniles y más intensas de Murillo, carece de la cualidad de furia ascética que desea Mañara.

Ahí llega, por último, el pintor que don Miguel de Mañara necesita. Es don Juan de Valdés Leal. Trae toda la fuerza contorsiva del barroquismo; es realista de un modo descarnado; es violento como el más puro español; y todo el espíritu literario de la época luchadora, controversista, ha dejado en él las más hondas esencias de la religiosidad lógica. Valdés Leal no vacila. Sabe desde el primer instante todo lo que se exige de él.



"Plus Ultra" en Viena

ESTRENO DE LA OPERETA

"Sybill"

LA INIMITABLE PRO-
TAGONISTA DE SYBILL,
SEÑORITA RUSSKA.

LA SEÑORITA RUSSKA
EN UNA DE LAS ES-
CENAS CULMINANTES.



A falta de buenas operetas vienesas, los directores de los teatros de esta capital se ven obligados a hacer representar operetas húngaras. Lehar, Fall, Strauss, Eysler y Ziehrer han escrito en estos últimos tiempos muy pocas operetas, y las pocas que han llegado a estrenarse no han satisfecho al público vienés, mimado y difícil, en materia de música. Así se explica que las obras de los compositores húngaros hayan invadido los teatros de Viena y que el público haya acogido con tanto entusiasmo la opereta *Sybill* y siga aplaudiendo *La rosa de Stambul*, *El violinista húngaro* y otras producciones de maestros magiares.

Desde los históricos estrenos de *El Conde de Luxemburgo*, *El sueño de un vals* y *La viuda alegre*, no había tenido ninguna de las operetas modernas un éxito tan franco en la capital de Austria como el que tuvo últimamente *Sybill*. Los autores del libreto son los notables escritores húngaros Brody y Martos; el autor de la música es el festejado compositor Víctor Jacobi, tan popular en Budapest y Viena como en Nueva York, en cuya ciudad, su penúltima obra, *La trata de blancas*, se representó quinientas veces consecutivas. En *Sybill*, a pesar de ser húngaros los tres autores que la han escrito, echamos de menos aquellos acentos tan misteriosos, tan extraños y sentimentales que caracterizan a la musa magiar. Nada en la partitura nos recuerda el país en que ha nacido, ni el libreto — como veremos en seguida — tiene el más mínimo colorido húngaro. La acción se desarrolla en la Rusia de los zares, y la música, llena de malicia y picantería, nos transporta a orillas de aquel río encantador, que todos los plumíferos queremos, sin que sepamos, a ciencia cierta, por qué: *el Sena*.

La trama, como verá el lector, no es de lo más interesante, que digamos, pero lo que nos gusta en esta opereta no es

su valor literario, sino la presentación de la pieza y las finezas que la adornan. *Sybill*, hermosa y joven artista, quiere salvar a su novio Petrow, condenado a muerte por supuesto delito de alta traición, y para conseguirlo se hace pasar por la Emperatriz, asistiendo como tal a una fiesta que un archiduque da en honor de la bella y festejada artista. Del papel de *Sybill* se encarga su dama de compañía, muy parecida a la gran artista. *Sybill*, vestida de emperatriz, llega a casa del archiduque de marras, donde es recibida con los honores que corresponden a su alta jerarquía... la dama de compañía de *Sybill* entra en el salón, y los invitados, tomándola por la genial artista, la reciben con vivas y aplausos. Llega, poco después, el Emperador, y en seguida, haciéndose cargo de la situación, trata a *Sybill* como a la propia Emperatriz... Y sucede, poco después, lo inevitable en toda opereta: el Emperador se enamora de la bella *Sybill* y se muestra excesivamente amabilísimo y muy galante con su seudo mujer, cosa que llama la atención de algunos invitados, acostumbrados a ver al Emperador muy serio y malhumorado... La verdadera Emperatriz, hasta quien han llegado rumores de la farsa, entra en la casa del archiduque haciéndose pasar por la condesa X. Petrow, que por orden de la Emperatriz ha sido puesto en libertad, la acompaña, y ambos flirtean en un rincón del salón, que es una delicia... Al fin, todo se arregla discretamente, satisfactoriamente para las dos parejas, y Petrow, agradecido, exclama dramáticamente mientras cae el telón: *Gracias, hermosa y dulce Sybill. Sacrificaste tu honor por salvar el mío... Olvidemos lo pasado, seamos felices, y «sus majestades» ¡que se arreglen!*

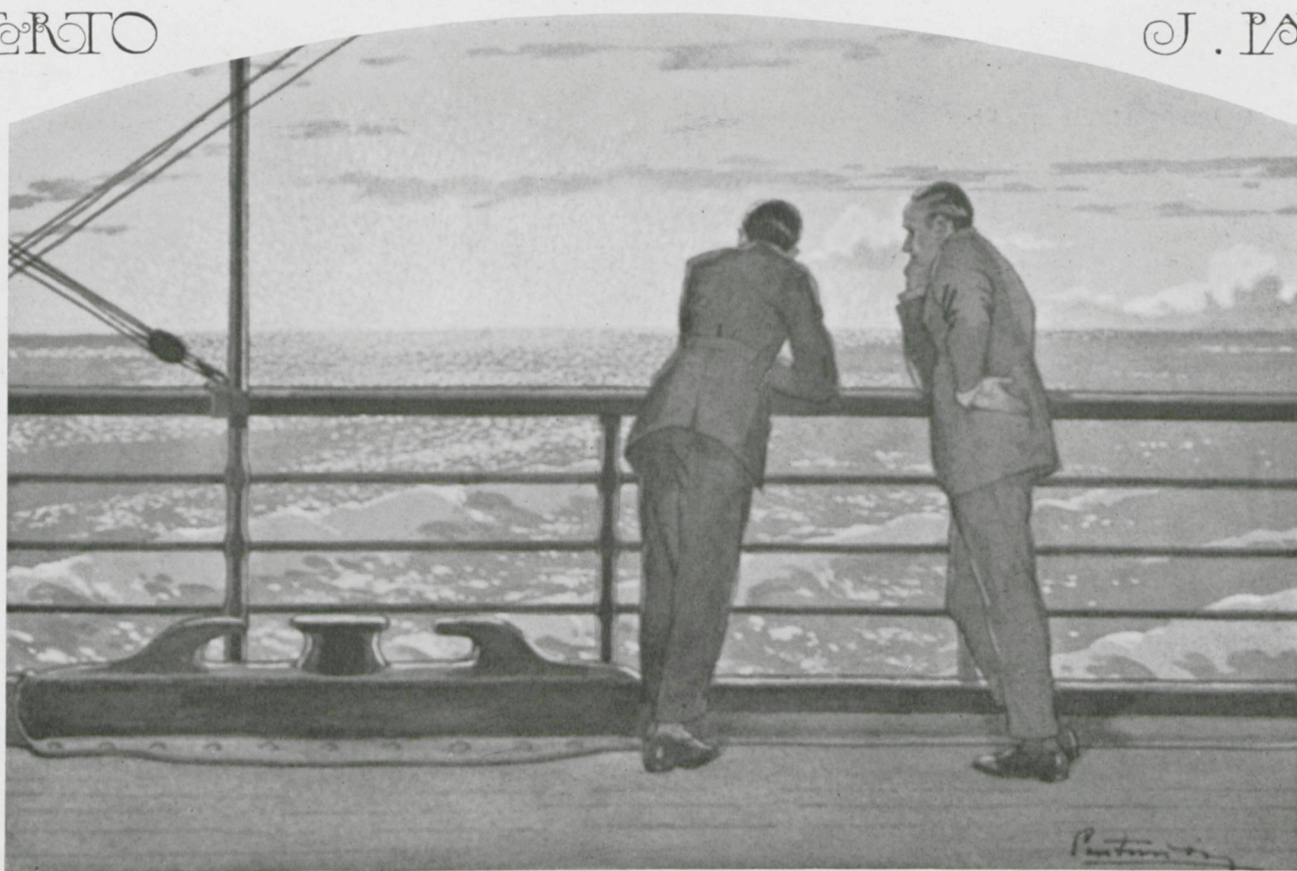
A. SARDÓ Y VILAR (DANUBIO)



LA EMPERATRIZ,
SEÑORA SUCHY.

ROBERTO

J. PAYRO



EL Pouillac zarpó de Burdeos meses después del armisticio, con destino a la América del Sur. Venía tan atestado de pasajeros que, a bordo, era casi imposible moverse, tanto en los salones como en los camarotes, y aun sobre cubierta. Diríase que toda Europa se volcaba en el nuevo continente, pues lo mismo ocurría con los demás transatlánticos franceses, ingleses, holandeses, italianos o españoles, y en las agencias marítimas se alargaban cada día las ya interminables listas de pedidos de pasaje.

Entre aquella multitud cosmopolita, inquieta y bulliciosa, llaméme desde el primer momento la atención un caballero inglés, — mister Reginald Barclay, según supe después, — cuya animada conversación y nerviosas pero cultas maneras despertaban generales simpatías. No tardamos, a raíz de algunos interesantes coloquios acerca de la situación del mundo después de la guerra, en trabar una de esas estrechas pero efímeras amistades que suelen nacer y morir en los transatlánticos, pero que no carecen de sinceridad mientras dura el viaje.

Mister Barclay, hombre de edad mediana, alto, robusto, de musculatura templada en los deportes, rubio, de ojos azules vivos, móviles y escrutadores, demostraba tener vastos conocimientos e ideas claras y originales, rayanas a veces con la paradoja. Animábase un idealismo exaltado, *sui generis*, que él trataba de disimular, pero que surgía a despecho suyo en el calor de la conversación, siempre enderezada a examinar los medios y las probabilidades de hacer de la humanidad una asociación más libre, más feliz, más fraternal. Pero también, y a menudo, asomaba en sus palabras un desencanto amargo, que le crispaba el rostro, mueca dolosa terminada siempre en estremecimientos de risa indefinible.

Había viajado mucho, recorriendo casi el mundo entero, desde las estepas rusas a las pampas argentinas, desde las grandes ciudades europeas hasta los desiertos africanos, y hablaba diversos idiomas, el francés correctamente, aunque con acento, el castellano, el portugués y el italiano mezclándolos y confundidos, pero lo bastante para hacerse comprender. El alemán y el neerlandés le eran familiares, y sabía, más o menos bien, otras lenguas y dialectos aprendidos en sus largas excursiones.

Debía de ser rico o gozar por lo menos de una situación muy holgada, pues no parecía haberse ocupado nunca de comercio ni de industria, ni de otras maneras de hacer dinero; llevaba un elegante y bien provisto guardarropa, y obsequiaba a menudo, con largueza, a sus nuevas y numerosas relaciones de a bordo, especialmente en las escalas de Vigo y de Dakar, donde nos ofreció verdaderos banquetes. En estos casos mostraba una alegría ruidosa, y a mí me parecía forzada, y una afectuosidad que los ingleses no exteriorizan nunca para con

los extraños. Por último había hecho, como voluntario, toda la campaña de 1914 a 1918.

—Para acabar con la guerra — explicaba riendo.

Sus ideas eran, como ya dije, originales. En la comida de Dakar, después de beber una copa de champaña en honor de Francia y por la paz, mister Reginald Barclay expuso extrañas apreciaciones sobre la raza negra.

— Observen ustedes — exclamó — la inteligencia que revelan los ojos de estos senegaleses, la resolución, la energía de sus ademanes, la risa franca de sus anchas bocas, prueba de bondad, de conformidad, de alegría... Estos negros, que durante la guerra fueron feroces, son aquí la misma mansedumbre y merecen mucho más que el ridículo premio de haberlos hecho electores... Electores, ¿para qué? ¿Para acelerar su corrupción? Mejor hubiera sido no enseñarles a hacer la guerra de un modo aun más salvaje y brutal que el estilado por sus abuelos y por las tribus indómitas del África central. No dejarán de aprovechar un día la lección... ¡Y, sin embargo! Hoy los he visto salir del trabajo, animados y alegres, con los ojos llenos de luz, riendo como niños, satisfechos de vivir... En ninguna ciudad de Europa se asiste a una salida de las fábricas o los talleres que denoten semejante regocijo, y los mismos labradores vuelven a sus chozas físicas y moralmente agobiados... Es que en Europa estamos gastados hasta la médula y sobre nosotros gravita el enorme peso del trabajo acumulado de cien generaciones... Aquí, aquí está el depósito, la reserva de energía de que el mundo necesitará mañana — terminó, lanzando una carcajada.

Sonreímos, pero un oficial francés, capitán del puerto, que comía con nosotros, no pudo tomarlo a broma.

— Según eso — exclamó — ¿usted cree en la superioridad del negro sobre el blanco?

— Simple cuestión de tiempo — replicó tranquilamente mister Reginald Barclay.

— En los Estados Unidos, en otros países de América se observa un florecimiento, una explosión de actividad que puede engañar a los espíritus superficiales: es el último espasmo de una raza exhausta, que la mestización ha regenerado insuficientemente. La decadencia será tanto más rápida después... La prueba está en que apenas acabada la guerra, allí y en todas partes se ha vuelto con furor a los pasados errores, como el perro de la Escritura a su propio vómito...

El oficial francés emprendió una refutación acalorada, pero sus argumentos cayeron en el vacío, pues mister Barclay buscó una diversión, ayudado por los que teníamos alguna discusión terminada en disputa. Pero, días después, en una de las interesantes conversaciones que manteníamos, de codos sobre la borda, contemplando la puesta

MI COMPAÑERO DE VIAJE

del sol, siempre maravillosa en aquellas latitudes, me referí a sus palabras de Dakar como a una atrevida paradoja.

— Sin embargo — replicó riendo — me

confesará usted que no se necesita mucho para que los negros sean superiores a los blancos, si no en materia técnica o del conocimiento, en materia moral, lo que es mucho mejor. Mientras el blanco no puede ya salir de los caminos trillados, según está demostrándolo lastimosamente, el negro se nos presenta como un niño en quien todavía no se han desarrollado las facultades intelectuales, pero que posee una plasticidad incomparable, como que hasta ahora está completamente libre de influencias atávicas y tradicionales, morbosas y destructivas. ¡Quiera el cielo que no se le corrompa demasiado pronto, antes de que pueda comenzar su papel en el mundo!

— Parece usted harto pesimista respecto de los blancos y sobradamente optimista respecto de los negros, si es que no se divierte en inventar paradojas, — observé.

La expresión de mister Barclay cambió de pronto: la risa nerviosa que contraía sus labios trocóse en seriedad siniestra.

— ¿Ha tomado usted parte en la guerra? — preguntó.

— No, señor.

— ¡Ah!

Quedóse un momento silencioso, mirando el horizonte, y las líneas crispadas de su máscara trágica fueron dulcificándose poco a poco, hasta la reaparición de su habitual sonrisa burlona.

— Entre la matanza, — dijo — entre el degüello (también se degolló y furiosamente, de nuestro lado, aunque se calle, ¡así es la guerra!) yo pensaba, yo creía con la más ferviente convicción, que la humanidad estaba realizando un esfuerzo colosal, un sacrificio que llegaba hasta el de sus mejores sentimientos, de sus más nobles convicciones, para conquistar, al fin, sus aspiraciones de paz, de fraternidad, de justicia, de bienestar para todos los hombres. Así peleaba yo: por eso era implacable y hasta fui sanguinario. Al asaltar una trinchera, llegaba a la ferocidad salvaje... por filantropía... Cerraba los ojos de la conciencia y hacía como los demás, peor que los demás: soy creyente, y juzgaba que era preciso sacrificarse, perderse, condenarse, para salvar a los otros, a los que han de venir... ¡Y me he condenado inútilmente, por un espejismo, por una ilusión infantil!

Apoyados sobre la borda, contemplábamos la puesta de sol, que era aquel día deslumbrante.

— Mire usted el cielo — continuó mister Reginald Barclay, con una de sus más sardónicas carcajadas. — Es un mar de sangre luminosa que inunda los campos y ciudades. ¿Ve usted las torres de los templos, el ha-

cinamiento de las casas, fingidos por esas nubes violetas, y que las olas rojas van invadiendo poco a poco? Es Londres, es París, es Berlín, es Constantinopla, es cualquiera de las grandes capitales, o todas a la vez, en fantásticas síntesis... Aquí y allí un boquete verde esmeralda translúcido interrumpe como un lago tranquilo el paisaje siniestro, pero todo lo demás es rojo y el rojo de sangre se convierte en rojo de ignición, y las casas y las torres se ennegrecen, se carbonizan... Como hoy fué ayer, como ayer será mañana: sangre y fuego, fuego y sangre, la destrucción, el anonadamiento, en lo imaginario y en lo real. ¡Ya no tengo esperanza!...

Y rió.

— No hay que desesperar — murmuré. — Tenemos el armisticio, mañana vendrá la paz.

— ¡Con la injusticia!

— Tenga usted más fe en los hombres.

— Con la injusticia — insistió. — Ya ha vuelto a imperar. El sacrificio es estéril... *Rule Britannia*... Todos quieren imperar, todos hacer conquistas, enriquecerse, creerse de esencia superior, divina... ¡Ya estoy harto!

Su risa se hizo convulsiva.

— ¡Vamos! — exclamé para tranquilizarlo. — ¡La evolución se acentúa, la Liga de las Naciones está en formación!...

— La Liga no se hará, los hombres son demasiado egoístas, — interrumpió. — Se ha retrocedido en vez de avanzar, créame, y esto en todos los órdenes de la sociabilidad, y desde los individuos hasta las naciones. Para conservar superioridades ilusorias, hombres y países hacen abortar las posibles conquistas del porvenir. No. No habrá paz en la tierra ni aun para los hombres de buena voluntad...

La hoguera del poniente se había ido extinguiendo poco a poco. Lagos, ciudades, torres y caseríos, mar de sangre y de fuego, todo se había fundido en una sola masa sombría de nubes negras. Tras de nosotros desfilaban los pasajeros, esperando la hora de comer, sin que sus pasos acompañados nos arrancaran de nuestra preocupación. Un criado recorrió, por fin, la primera, repicando su campanilla, y la gente comenzó a bajar a los camarotes y al comedor. Nos quedamos solos en el puente.

— No. ¡No hay esperanza! — exclamó mister Reginald Barclay, rompiendo otra vez en una risa que me pareció demente, y separándose de mí lado.

Creí que bajaba también al comedor, aunque se encaminara lentamente hacia popa. Le seguí con los ojos. A cierta distancia, unos diez pasos, se detuvo, volviéndome la espalda, apoyó la mano derecha sobre la borda, agazapóse un poco, y luego, gritándome «Hasta la vista», soltó el resorte de sus músculos de acero y se precipitó al mar.

— ¡Hombre al agua! — grité apenas pude vencer el pismo enmudecedor de la sorpresa.

... Cuando se lanzaron los botes, la superficie del océano estaba desierta.

ILUSTRACIÓN
DE
CENTURIÓN

Un precursor Romance burlesco



Una Ponce juanetuda
era cabeza visible,
del templo donde fué siempre
su esposo oculto pontifice.

No tubo gloria más pura
la corte de los Felipes
que la tijera de Ponce,
arquitecto y alarife
de los palacios de estofa,
recargados y sutiles
que eran ambición y norte
de Lesbias y de Amarilis.

Monarca de los encajes,
de los terciopelos principe,
infante de las gorgueras,
señor de los faldellines;
por las puñtadas ilustre,
por los respuntes insigne;
para el hiltán, Aristóteles;
para el entallado, Eurípides;
Alejandro de las tocas,
César de los arrequibes:
Ponce fué para las damas
Orfebre de los melindres.

En misterioso refiro,
de torpes curiosos libre,
el fénix de las basquiñas,
daba cuerpo a las sublimes
fantasías de su mente:
haldas para las huries,
mantos para las sirenas,
jubones para las sílfides.

Quién habrá que los prodigios
que realizó especifique?
Monumentos de damasco;
peñas, istmos y arrecifes
de brocados estupendos,
negros, oscuros y grises;

cascadas de perendengues;
galeras dobles y triples
de seda y cándido lino;
montañas inaccesibles
de bellón y como aquellos
que Cupido diera a Psiquis,
rapacejos de diamantes
para adornar cenojiles.



Tanto de las galas galas
sirbióse, que acabó el simple
en una casa de orates.
¡Oh fin desdichado y triste!

En sus instantes postreros
habló de este modo: —Dicen
que Dios a los justos premia
y en el cielo los admite.
Dios dispondrá que yo vista
a ángeles y querubines.



Luis García



COLOQUIO
SACRILEGO

POR

E. MENDEZ CALZADA

DESGO
ORNAMENTALICH
MENDO

OR Juana Inès, sor Juana Inès;
al locutorio un hombre os llama...
Es tan gentil como una dama,
y tiene el porte de un marquès...

"ORO, oro vivo es su cabello
en torno al marmol de su frente...
Sor Juana Inès, sinceramente:
iyo nunca vi doncel tan bello!..."

"HERMANA Berta, ¿estàis en vos?...
¿Qué turbacion os desconcierta?
Id a rezar, hermana Berta:
debèis pedir perdòn a Dios..."

"ME hacèis llorar. iSois una santa,
y yo una pobre pecadora!...."
(La hermana Berta, aunque no llora,
tiene un sollozo en la garganta...)

☪ ☪ ☪ ☪ ☪ ☪ ☪

¿"LO visteis ya, sor Juana Inès?"
"Si, ya lo he visto, hermana mia...
(La hermana Berta no mentia:
iOh Dios, oh Dios, cuàn bello es!...)"



Los sábados de Rafael Obligado



AMARTINE, entusiasmado por ese salmista que se llamó Petrarca, exclamaba: «*Sus versos tienen la sal y la amargura de las verdaderas lágrimas humanas.*» Que hubiera exclamado el autor de *Las meditaciones* al sentir las agrestes armonías de Rafael Obligado, al aspirar esos perfumes que se desprenden olientes a tomillo y pastito mojado de las poesías de ese exquisito acuarelista americano, de ese delicado bucólico de nuestras selvas vírgenes, que nos ha hecho gustar en sus estrofas todo el sabor de lo que es muy nuestro, que nos ha acariciado en sus versos con la misma suavidad con que la brisa agita los sauces tristes de las riberas del Paraná.

El Parnaso argentino debe a Obligado gran parte de su importancia. La horrible epidemia del año 71 había sumido a esta ciudad de Buenos Aires en una gran sombra. La muerte había pasado impía por casi todos los hogares, arrancando ramas y frutos del gran árbol de la familia. En horas tan lúgubres y poco propicias para estimular el desenvolvimiento intelectual, Rafael Obligado resolvió reunir en su casa, los sábados por la noche, en amable aticismo a todos los cultivadores de la inteligencia. Ese gesto, que le honró en demasía, tuvo la mejor acogida por parte de los amantes del pensamiento, del arte y la belleza.

Hacer una reseña exacta de ese ateneo familiar, que se perpetuó por más de veinte años, sería realizar la reconstrucción del proceso literario de una época que marca nuestro desarrollo intelectual con caracteres propios. Ese trabajo, que debe ser serio y meditado, no es posible encerrarlo en un marco tan reducido como es un artículo de añoranza. No quiero estudiar las obras que se leyeron, ni entrar a juzgar la diversidad de influencias, estilos, escuelas y tendencias que de ellas se desprendieron; sólo pretendo evocar los nombres de los concurrentes a esos sábados, y con ello me basta, convencido de que para aprender es necesario retroceder.

La solidarización que entrañaron esos coloquios intelectuales es un ejemplo que nos viene del pasado, sonrojándonos como muchas otras cosas en el presente. Esas intimidades del espíritu y de la inteligencia tuvieron por escena uno de esos vetustos nidos coloniales, de anchos muros y ventanas, de bajos techos y de puertas más bajas todavía. En la actualidad, aunque bastante remozado, lo podemos



observar en la plaza San Martín, ocupado hoy por la legación norteamericana.

En el salón, que guardaba los innumerables volúmenes que la mano del poeta había ido cuidadosamente seleccionando de la producción universal a manera de piedras preciosas, se realizaron esas justas literarias, en la que dominaba el más elevado y sano criterio. La labor personal se sometía al juicio colectivo de los asistentes. Novela hubo que de doscientas páginas se redujo a un modesto capítulo, más feliz que otras, que no salvaron del canasto ni esa insignificancia.

Este detalle, por demás elocuente, puede ilustrarnos acerca del espíritu de imparcialidad con que se procedía en esos debates académicos que, dicho sea de paso, proporcionaron señalados servicios, puesto que obligaban a los autores a un esfuerzo mayor, a un pulimento más esmerado, o los salvaron de esos errores en los que con tanta frecuencia caen los literatos. Por ese medio, al público se le preservaba de malas lecturas, y a los editores de llevar adelante la ejecución de delitos que afectaban el buen gusto de una nacionalidad en formación, máxime cuando hay que tener presente que el grado de adelanto a que ha llegado un pueblo se mide por la importancia de sus escritores. De todas esas reuniones quisiera que una sola se salvase del polvo inevitable del tiempo, y es la que pretendo reconstruir. Ella tendrá para los sobrevivientes una alegría melancólica, como esas que se producen a la vista de unas rosas descoloridas que atestiguan la inmensidad de un amor que fué...

El país atravesaba por un trance económico muy difícil, a tal punto que se había generalizado la frase: *ahorremos sobre el hambre y la sed.*

En circunstancias tan apremiantes se le presentó al gobierno una deuda de gratitud ineludible, como era la repatriación de los restos del general San Martín; pero el pueblo argentino supo acudir espontáneo, patriótico, decidido y generoso a ayudar al gobierno con su óbolo oportuno, interpretando con tan noble actitud la amarga expresión del general Guido en presencia de las cenizas proscriptas del héroe de Ituzaingó: «*y la tierra que suele faltarnos en la vida, que no les falte en la muerte.*»

Entre los muchos homenajes que se consagraron al genio libertador, merece especial mención el funeral cívico que se realizó en el antiguo Colón, en cuyo acto tres de nuestros más eminentes poetas: Ricardo Gutiérrez, Olegario Andrade y Estanislao del Campo leyeron poesías inéditas.

En vista de este póstumo homenaje, todos los obreros del pensamiento reuniéronse en torno de la lumbre siempre encendida en el hogar del dulce cantor de Santos Vega. Era un sábado triste; el sol había permanecido oculto, el horizonte oscurecido daba muestras inequívocas de tormenta, las avesillas del cielo corrían raudas y temerosas a anidarse y, ante esa perspectiva, eran muy pocos los que se aventuraban por las accidentadas calles de enton-

ces; pero ello no fué óbice para que el ateneo de Obligado se viese esa noche como nunca concurrido. Allí estaban: Juan María Gutiérrez, Lucio Vicente López, Carlos Guido Spano, Miguel Cané, Carlos Encina, Domingo Martinto, Ricardo Gutiérrez, Martín García Merou, Olegario Andrade, Martín Coronado, Ernesto Quesada, Pedro Goyena, Santiago Estrada, Carlos Vega Belgrano, Daniel Muñoz, Joaquín V. González, Estanislao del Campo, Juan José García Velloso, los chilenos emigrados Adolfo Ibáñez, Guillermo Puelma Tupper, Ricardo de la Barra, el ministro de Chile, Ambrosio Mom; el de Méjico, Sánchez Ascona, y su secretario, Federico Gamboa, y el colombiano Samper. Ante ese areópago reunido, en que cada escritor (según la bella clasificación de Hugo) *representaba un magistrado y cada poeta un sacerdote*, se leyeron las tres composiciones poéticas que al día siguiente el público oyó en el viejo proskenio del Colón.

A Ricardo Gutiérrez tocó en suerte iniciar la velada con los primeros acordes. *El Misionero* titulábase su poema, y tarea poco costosa fué para esa lira de oro arrullar a los presentes con sus cadencias bíblicas. Siguió Estanislao del Campo con su canto *América*. Esa formidable composición no cautivó a todos; a Pedro Goyena le provocó este juicio irónico: «*Son versos que valen tanto como los montoncitos de duraznos de a peso moneda corriente que se expenden en los mercados.*» A este sarcasmo respondió el chileno de la Barra, manifestando que recién le era comprensible el apodo de *sepultureros* con que la opinión pública les había bautizado. Cerró el acto Olegario Andrade, el que, poniéndose de pie, dió comienzo a la lectura de su trabajo, temeroso y cohibido al principio; pero a medida que iba avanzando adquiría entonaciones desconocidas, como desconocidos eran esos acentos maravillosos para el lirismo argentino. Todo el auditorio estaba absorto con el alma de rodillas, deleitándose con *Nido de Cóndores*, esa alegoría fantástica de su imaginación, que tuvo el privilegio de colocar su tiorba al frente de la poesía de América.

Un seguido relampagueo y un fuerte viento que se transmitía en quejumbroso lamento por las rendijas de las puertas anunciaba la presencia de una horrenda tormenta, que no tardó en desencadenarse. Esa furia de la naturaleza, que semejava una misteriosa orquestación, hacía admirable eco a las imágenes predilectas del poeta: el abismo, el valle, el mar, la borrasca, la montaña, la cumbre y el cóndor.

Todos se alejaron cabizbajos de esa velada inolvidable, algunos hasta llorosos. Es que la verdadera belleza tiene lágrimas por lenguaje. Envueltos en sus anchas capas, muchos marcharon sin rumbo por esas desoladas calles de Dios... Iban cegados: ¡la visión del Gran Capitán había pasado por sus ojos con majestad de sol!

JUAN CRUZ OCAMPO
ILUSTRACIÓN DE ZAVATTARO

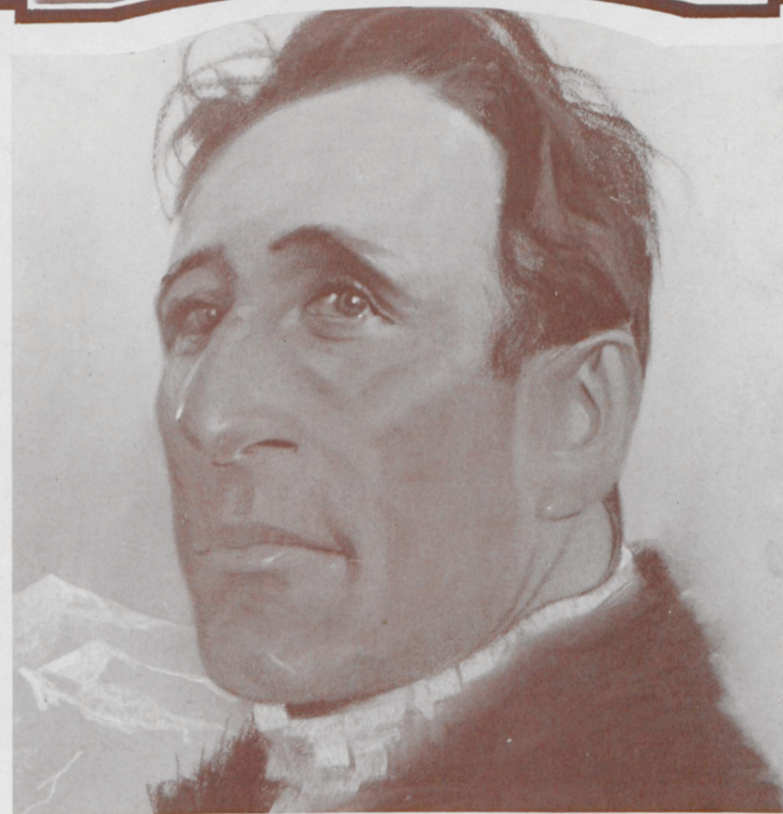
LA CONQUISTA DE LOS ANDES



EN LAS CUMBRES EX-
CELSAS SE HA OÍDO

EN las cumbres excelsas de la cordillera se ha oído un clamor de vida maravillosa. Los grandes cóndores solitarios, creyeron quizá, la existencia de un ave soberana, y la vieron, inmóviles, pasar en rauda vuelo, oyendo su extraño lenguaje, que repitieron los ecos, rodando por los flancos nevados de las montañas.

Era esa masa bravía, de nieves eternas como sudarios, esa mole indomable alzada al azul infinito, la que atraía siempre con su magia blanca el anhelo, para aprisionar quizá al aviador audaz que intentara la conquista magnífica. Y el hombre-pájaro, sin cerrar los ojos ante el deslumbramiento, sintiendo que su voluntad se elevaba atrevida más allá de las cumbres altísimas y sagradas, partió un día y voló, voló, mientras el corazón, sediento de gloria se enardeció sintiendo, tal vez, que del amado suelo de la patria as-



UN RUMOR DE VIDA
MARAVILLOSO.

cendía confuso el clamor de la hazaña realizada. Pero el macizo enorme parecía crecer en horizonte; lo encerró en un círculo de nieve implacable y cayó vencido, cubriéndolo esa misma nieve piadosa, cara al cielo azul y al sol, como si los divinos elementos se armonizaran con los colores patrios, para envolver al héroe... La sombra trágica de Matienzo fué un acicate de conquista. Los mártires trazan siempre un camino. Y en la huella incierta se lanzaron, como si fueran a vengarlo en una lucha apocalíptica, otros dos aviadores audaces. Parodi y Zanni.

Vencieron el empuje recio. Levantaron el vuelo firme sobre las nubes fugitivas, cruzaron los valles y cumbres, y bajo el cielo hermano de la nación chilena, encendieron con reflejos de sol el lazo estrecho de su fraternidad, volviendo veloces, sin detenerse, como en un largo
CAPITÁN
ANTONIO PARODI,
FOR ALONSO. aliento de titanes. Ante ellos, la

LA NIEVE QUE, COMO UN INMACULADO SUDARIO, CUBRIÓ

PIADOSAMENTE EL CUERPO DEL INFORTUNADO MATIENZO.



Argentina tiene el homenaje pleno de cada uno de sus hijos; todos se han puesto de pie para recibirlos, y las manos frenéticas han ovacionado a los héroes. La travesía sin precedentes no les ha embriagado con su triunfo, pero sienten el orgullo íntimo de haberla logrado para su patria.

La atrevida conquista es ya una realidad absoluta. En los picos nevados, donde el sol rompe en mil reflejos sus rayos, ¿no ha

quedado la estela de ese estremecimiento de vida? En su soledad helada, ¿sentirán los cóndores el vago espanto de un ave maravillosa? La sombra de Matienzo, ¿fue la égida protectora de los altivos voladores, guiándolos entre aquella magia blanca?

En las cumbres excelsas se ha oído un rumor de vida maravillosa, y los Andes han sido conquistados.

CAPITÁN
PEDRO A. ZANNI,
POR ALONSO.



EL SITIO EN QUE CAYÓ MATIENZO, Y SOBRE EL CUAL RINDIERON ZANNI

Y PARODI UN ELOCUENTE HOMENAJE AL COMPAÑERO CAÍDO.

X



NINA
DE MI PUEBLO

De
EUGENIO
HERMOSO

Propiedad del Dr.  Salvador Forziello



UN PATIO ANDALUZ EN BUENOS AIRES



ARCÓN DE ESTILO RENACIMIENTO ESPAÑOL QUE ADORNA EL PATIO.

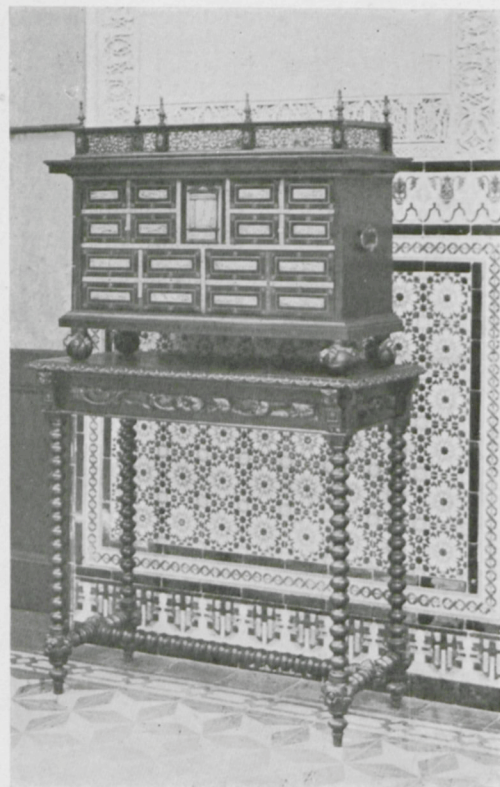


A una musa popular andaluza, que todo lo canta en sus coplas de siete, cuatro o tres versos, no mentó jamás los patios sevillanos y cordobeses, gaditanos y granadinos. Hay que acudir a la literatura burguesa para hallar el patio de las de Anguita descrito por el asturiano Palacios Valdés, o a los Quintero.

Sin conocer la palabra *confort*, los musulmanes andaluces eran exquisitamente peritos en el arte de pasar la existencia en suavísima placidez casera. Fresco en verano, tibio en invierno, es el patio andaluz con sus azulejos rientes, sus floridas plantas y sus surtidores rumorosos.

En el pueblo de Adrogué, en la casa del señor José M. López Carmona, hay un patio típico. Con azulejos del más primoroso estilo mudéjar, traídos de Sevilla, el notable pintor andaluz, señor José Casares, hizo los zócalos y la fuente central. Para los ornamentos de las molduras y frisos, ha imitado fielmente los que existen en la casa histórica de don Juan de Trastámara, en Córdoba.

De este modo, por un prodigio de esfuerzo y de arte, hay en Adrogué un verdadero, un encantador patio andaluz.



UN VARGUEÑO, RICAMENTE INCRUSTADO DE MARFIL Y NÁCAR.

PLVS VLTRA

EL MONUMENTO

UNA VISITA AL



El 3 de agosto de 1492, en el atardecer de un día viernes — esa vez no fué de mal augurio — en el pequeño

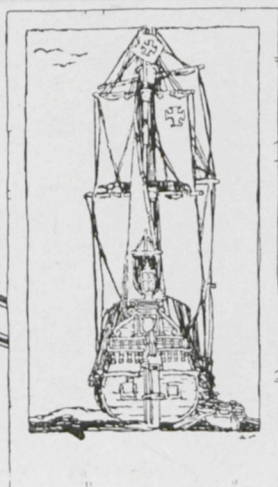
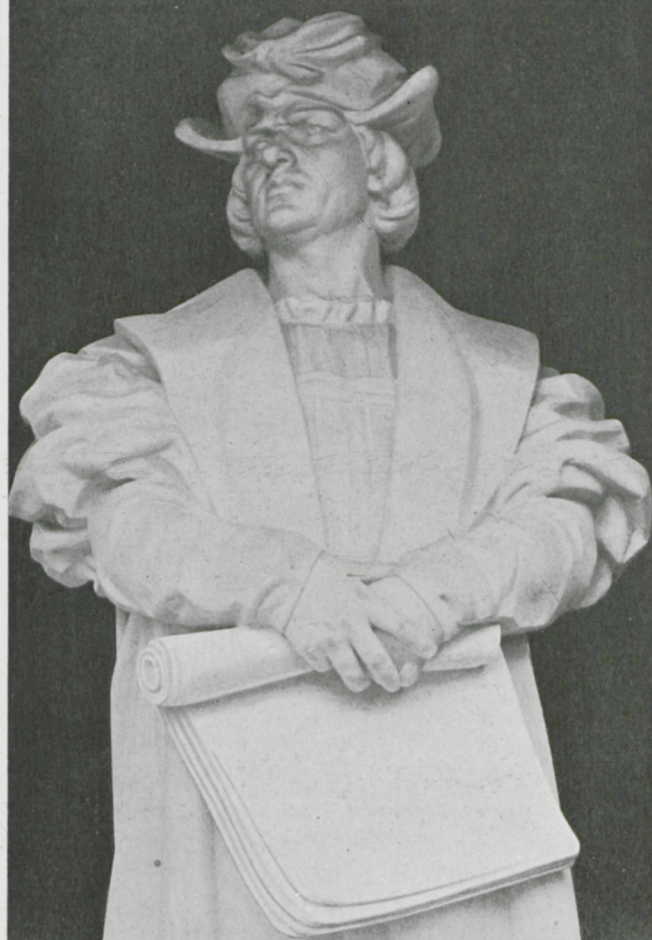
puerto de Palos — cuyo pueblo contaba con pocas casas y pocos pescadores — Cristóbal Colón dió la señal de partida; zarparon las tres carabelas: la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*; la primera, bajo el comando de Martín Pinzón; la segunda, por los hermanos Yáñez; la tercera, la capitana, por Colón. No se concedía gran importancia a tan audaz empresa, por lo cual Colón partió silenciosamente, con el corazón henchido de esperanzas y con la firmeza de los fuertes.

Arribado a la tierra tantas veces soñada, plantó la humilde cruz. Después de las conocidas vicisitudes, humildemente regresaba, silencioso como cuando había partido, si bien aureolado por la gloria.

No pasará mucho tiempo, y después de un largo reposo que ha durado más de cuatro siglos, Colón se embarcará otra vez con dirección a América, para encaminarse directamente a Buenos Aires. En lugar de una modesta carabela, le hospedará un gran transatlántico, escoltado quizá por una nave de guerra italiana.

Este Colón de mármol, que surgirá majestuoso en el Paseo Colón, fijando la mirada hacia el mar, como para escrutar nuevos horizontes que explorar, ha salido de las vísceras de Carrara, allí donde el gran Miguel Ángel solía trasladarse para escoger los bloques de ese mármol tan celebrado, a quien su cincel magistral sabía dar vida. Bloques verdaderamente enormes han sido necesarios para este monumento de proporciones nada comunes; un cantero especial se empleó para ese fin en Carrara; trabajaron centenares de obreros, docenas de buyes uncidos transportaron los bloques a la estación del ferrocarril; y en Roma, cuadrillas de obreros especialistas transportaron los bloques al estudio del escultor Zocchi. Algunos de los mármoles, por su peso excesivo y por el estado de las calles, no podían ser colocados sobre los carros de fierro, por lo cual fué necesario valerse de palancas y hacer deslizar el bloque sobre tablas enjabonadas; antes de llegar a la plaza Galeno, donde se encuentra el taller del escultor, se emplearon en el transporte varios días y algunas veces dos semanas enteras.

Después de casi diez años de tra-



DENTRO DE POCO, BUENOS AIRES TENDRÁ UNA HERMOSA ESTATUA QUE

REPRESENTA DIGNAMENTE AL GENIAL DESCUBRIDOR DE AMÉRICA.

EN ITALIA

A COLÓN.

ESCULTOR ZOCCHI

bajo un poco interrumpidos en el período bélico, la montaña de mármol de Carrara se transformó en estatuas, en pedestales y por fin en un monumento.

Zocchi nos ha representado a Colón en actitud de escudriñar el océano; la estatua reposa sobre un pedestal que mide más de veinte metros de altura sostenido por un artístico basamento donde se agrupan figuras simbólicas llenas de expresión y de vida. Una nave empavesada como para una gran fiesta, la que tiene todas las proporciones de un gran bergantín que se lanza al mar empujado por los brazos poderosos que denotan al mismo tiempo esfuerzo físico, voluntad y tenacidad.

La escena de la histórica partida del puerto de Palos está reproducida de un modo sorprendente. El grupo ocupa tres enormes bloques de mármol, cuyo peso es de cien toneladas. Este grandioso monumento, además de ser una verdadera obra de arte, representa también una verdadera montaña de mármol. En efecto, la estatua de Colón, que tiene una altura de casi siete metros, pesa cuarenta toneladas; la que representa el océano consta de un largo de metros 5.50, pesando treinta y cinco toneladas; el Genio 27, la Ciencia 25, el grupo de los marineros que besan la tierra en la que han desembarcado, pesa 25 toneladas; los dos bajos relieves representando la propuesta hecha por el intrépido navegante a la corte de España y su afortunado regreso, es de ocho toneladas. Se tiene así un total de 370 toneladas, a las cuales es preciso agregar otras 250 toneladas del basamento. Entre todo suman unas 620 toneladas de mármol de Carrara.

Frente a este blanco mármol que el buril del escultor Zocchi, artista insigne e hijo de gran artista, ha sabido transformar en uno de los más significativos monumentos de nuestros tiempos, han desfilado visitantes ilustres; no hay un solo hombre de Estado argentino que se haya ido de Roma sin visitar el estudio de Zocchi: desde Sáenz Peña a Roca. Figuran luego, entre otros, el honorable Teso, el hon. Sanarelli, el ingeniero José Maraini, el senador Molmenti, el conde Macchi di Cellere, el ingeniero Luigi Devoto, Tito Foppa, los ministros Portela y Ayarragaray, monseñor Espinosa y monseñor Terrero. El rey de Italia y el presidente del Brasil, señor Pessoa, también lo han visitado. Algunos han muerto, otros viven aún; otros, los retardados,



GRUPO PRINCIPAL DEL GRANDIOSO MONUMENTO. LOS MARINEROS BOTAN AL AGUA UNA NAVE SIMBÓLICA.

lamentan no haber podido contemplarlo todo, a causa de que una escuadrilla de obreros expertos, venida expresamente de Carrara, ha encerrado ya en enormes cajones los grupos principales.

En la última visita que realicé al taller del escultor Zocchi, tuve la suerte de encontrarme con tres importantes personajes: S. E. Pantano, ministro de obras públicas, el teniente Locatelli, el cóndor de los Andes, y el comendador doctor De Luca, que, a pesar de hallarse en Italia por razones de estudio, ha seguido ocupándose activamente de los trabajos del monumento, por formar parte del Comité Italiano que surgió con ese propósito en Buenos Aires. S. E. Pantano ha tenido palabras de simpatía para la República Argentina, que visitó en 1910, y que recuerda con mucho gusto. «Es un país de gran porvenir — ha dicho a vuestro representante — y nosotros los italianos llevaremos más de una piedra para construir el edificio de su grandeza.»

Después el ministro, al darse cuenta de hallarse frente a la máquina fotográfica que en vano yo procuraba ocultar, ha sonreído y ha añadido: «Vosotros perpetuáis un poco las costumbres americanas; allá no se daba un paso sin ser sorprendido por la máquina...»

Y S. E. narró con mucho gracejo alguna de las aventuras fotográficas que le ocurrieron en aquella Buenos Aires del centenario, donde los reporters batieron un record informativo que se reproducirá cuando esta estatua arribe a la ciudad.

De la conversación que tuve con el teniente Locatelli informaré otra vez a esa importante revista. Al doctor De Luca, que se ha ocu-

pado con amor, diré casi paterno, del monumento, he solicitado noticias precisas sobre la tramitación administrativa de ese homenaje.

«Muchas conferencias — me ha respondido el doctor De Luca — óptimas acogidas, y al principio escasos resultados. Después las cosas cambiaron: S. E. Pantano me prestó su preciosa ayuda. El monumento será transportado gratuitamente. Tendremos en resumen todas las facilidades posibles. Aquí se perciben como en un aparato de los más sensibles del sistema Marconi, todas las vibraciones simpáticas que se producen allende el océano.»

«Ha habido una especie de competencia entre varios empresarios para sernos útiles; tendremos para el transporte de las estatuas los grandes autos y los famosos carros que sirvieron para trasladar de un punto a otro los colosales cañones de 305 y 420.»

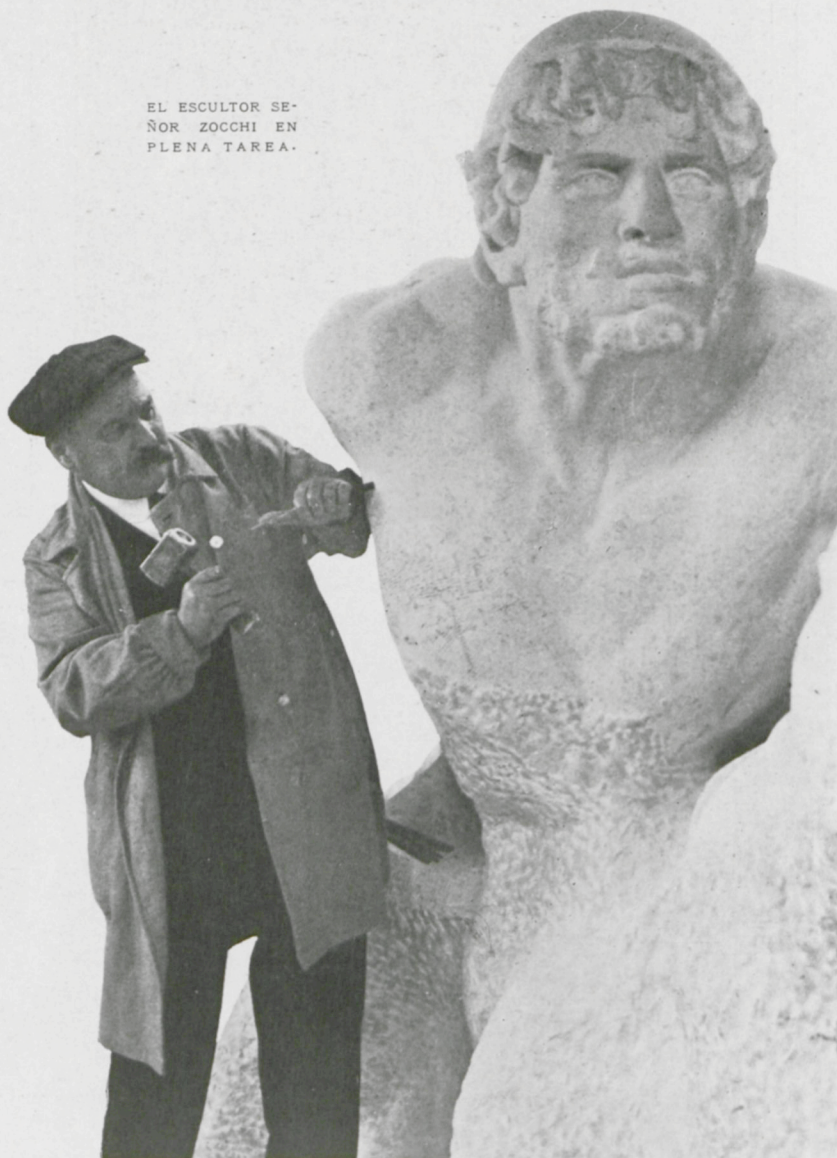
Mientras conversábamos, la enorme estatua de Colón continúa con su mirada fija en la lejanía. Elsa, una hijita del doctor De Luca, que ha cortado flores en el jardín del escultor, cubre con ellas las sandalias del gran navegante.

Los pies de Colón miden un metro y la niñita, que no puede colocar flores sobre la cabeza del descubridor, las deposita en su homenaje sobre la única parte que le es accesible.

Nos ha parecido que en aquel momento la mirada fiera y pensativa de Colón se transformase en una sonrisa frente a aquel homenaje ingenuo y espontáneo de esa pequeña niña que le lleva el saludo de la infancia, la única quizá que no amargó la vida del grande e inmortal marino.

RAFAEL SIMBOLI.
Roma, enero 20 1920.

EL ESCULTOR SEÑOR ZOCCHI EN PLENA TAREA.





E me ocurre pensar, mirando el almanaque, que estamos hoy en mil novecientos veinte, a cien años del romanticismo.

Hemos vuelto la espalda a la poesía, y marchamos con pie firme por la ruta de acero del sentido común. Somos medularmente *burgueses*, en la clásica acepción de Flaubert, a pesar del prurito de audacia de que hacemos gala, cuando nos damos a elegir entre Trosky y un «Airco» 4 H., de paseo. Entre el *looping the loop* del espíritu y el del cuerpo. Nuestra locura sigue siendo burguesa. El gesto romántico se fué con la gloria de los peinetones y el humo de los zahumadores de plata. ¿Es que habrá muerto de sed en su pote de greda azul, la margarita sonámbula de la Fantasía?

Sin embargo, vivimos como siempre entre cosas extraordinarias y atmósferas cargadas de romances de misterio. Lo que pasa es que nos deshabituamos al sueño. En las páginas desteñidas de nuestro último libro de imágenes, hemos dejado preso el milagro, como la hojita seca de un helecho singular. Ese prodigio cotidiano que fulgura en las claras pupilas de los niños, se esconde hoy para las nuestras, detrás de los anteojos deformes del Ridículo, y la Vida se vuelve cada vez más fea, más vulgar. Por eso es un espectáculo magnífico el encontrarse fuera de la ruta de acero habitual, con un ser de aislamiento definitivo, con una existencia singular, que mide el tiempo con su propia fantástica clepsidra. Esto es lo que vimos una tarde en un rincón lejano y olvidado de provincia.

Romántico es el caso, como una varita de benjuí, o el desusado sonido de un clavicordio.

Viajaba yo a la sazón por viejos villorrios mediterráneos, en procura de esas apollilladas cosas de la colonia, cuya belleza sobria y austera constituía entonces mi capricho, muy difícil por cierto.

Habíanme indicado como poseedora de valiosas colecciones del género, a una viejecita casi centenaria, último vástago de una encumbrada familia de regidores, clérigos y lugartenientes del virreinato. Doña Blanca Zamora de Albuquerque, que así se llamaba con gracia salmantina mi dama antigua, tenía su vivienda en la plaza principal, por serlo única del pueblo. Allí también estaba el hotel donde yo me hospedaba, que para mayor concordancia con el sitio llamábase de la Paz. De suerte que por encima de la fuente seca y los bancos desiertos del melancólico lugar, dominaba yo la casa de doña Blanca, que era un legítimo palacio del siglo XVII, con su maderamen labrado y sus hierros de forja. A un costado de la portada, junto al pesado llamador, aparecía el florido escudo de los Albuquerque; un pino tronchado sobre campo, con este mote: «Fuerte en la adversidad».

El musgo aterciopelaba las piedras del pórtico, y sobre las celosías constantemente cerradas, las hacendosas arañas tejían, sin inquietud alguna, sus auténticos encajes de Flandes.

Valiéndome de los buenos oficios de don Venancio, el hostelero, quien sirviendo a lo de Albuquerque vianda para la señora y su única criada, era el solo lazo de unión entre doña Blanca y el mundo, conseguí franquear la carcomida puerta del caserón solariego. En el patio, junto a un cuadrante de mármol, que contaba las horas que le restaban por vivir a la voluntaria reclusa, había un retrato mural de su majestad Felipe IV, con unas letras recordando que allí se administró justicia en su nombre. Todo el caserón estaba sumido en el silencio. Ese silencio algodonado de los siglos, que todo lo amortigua y lo vela, prestando a las cosas una tenue irrealidad de espejo veneciano. Había allí ese ambiente propio de que nos habla Poe, en *The fall of Usher's house*; pero el de ésta era apacible y no trágico, fantasmagórico pero dulce. Daba la sensación de vivir en las páginas de un libro, como un personaje romántico. A los pocos pasos esta sensación se precisaba, y aligerándose el espíritu de la casa moderna, uno dejábase llevar dócil, por la mano nivea de la Fantasía.

Fué así, el porqué no experimentáramos mayor sorpresa ante la extraordinaria presencia de doña Blanca Zamora de Albuquerque. Tanto la leyenda puede triunfar a veces de la realidad. Sin ella, aquel saloncito en penumbra, donde el vaho olor

del benjuí uníase al del raso viejo, para poblar de ritmos ausentes un fantasma de clavicordio, nos hubiese parecido no sólo extemporáneo, sino ridículo, como la viejecita vestida de seda azul, que ocupaba el suntuoso sillón de caoba, fingiendo una virgen de marfil en su nicho.

Doña Blanca de Zamora nos dió, como quien brinda un pergamino glorioso, su mano a besar, y aquel fragante gesto antiguo le comprendimos ineludible.

— Conozco, por Venancio el posadero, vuestras intenciones — dijo la dama sencilla en su propopeya, — y si bien no estoy para el coleccionista, no he querido ofender al huésped lírico, negándole la entrada a casa de Albuquerque. Sabrá el caballero que quiero mucho a los versos.

— Gracias, mi señora — respondí, viendo en aquella frase abrirse el alma de doña Blanca, como el cajoncito secreto de un mueble confidencial.

— Sí, quiero mucho a los versos y a los poetas; sobre todo a uno, el más mío. Don José de Espronceda. ¿Ha leído usted *El Estudiante de Salamanca*? — Asentí sonriendo, mientras en mi memoria pasaba, ingenua y dulce, la *desdichada* doña Elvira, como preguntándome si en esta

clavicordios que sólo tocan las manos de los recuerdos, espejos donde no se miran más que dulces fantasmas de otra edad... Así son ellas; yo misma soy apenas una sombra, una cosa más, una trunca misiva de amor, a la que falta firma y destinatario, hallada por casualidad entre las páginas de algún viejo libro de horas. Mi existencia real terminó con mis diez y ocho años, a la época en que se hizo ese retrato que allí veis.

Siguiendo el gesto imperceptible de doña Blanca, descubrí, en efecto, como ventanita dorada sobre el muro antiguo, asomándose a su marco renacimiento, la imagen más romántica de muchacha que haya visto en mi vida. Peinaba al medio sus bucles negros, que caían sobre las desnudas espaldas, mientras, escapándose también de las anchas y rosadas mangas, las manecitas liliales sostenían sobre la falda florida un libro abierto. Desde lejos, los ojos vagabundos venían volando hacia nosotros, tiernos como palomas. Insensiblemente, al par que hablaba doña Blanca, con su voz entrañable, la imagen íbase confundiendo para mí, en la tarde, con la figura inmóvil y marfilina del sillón de caoba. Gracias a ello, pude revivir sin esfuerzo, en la brevedad de un instante,

horas imposibles de romanticismo. Me había olvidado de la vida. ¿De qué hablamos con doña Blanca, en aquella tarde extraña, mientras un tímido rayo de sol jugaba con los artesanos del techo? ¡Dios los sabe! De cosas viejas, de reyes muertos, de versos olvidados, de amores y de poetas...

Cuando me retiré, precedido de la criada silenciosa, llevaba las manos vacías, ya que no profané el relicario de los Albuquerque, pero una leyenda de flores iba en mi corazón, lleno aún de las mansas y desesperadas palabras de doña Blanca de Zamora, cuyo estribillo familiar parecía ser aquel irónico: ¿Ha leído usted *El Estudiante de Salamanca*?

Esa noche, en la soledad conventual de mi estancia del «Hotel de la Paz», mi sueño fué sobresaltado y alarmante. Diego y Félix batíanse en extraordinarias callejas interiores, mientras que se hacían y se deshacían cómodas, sillones, mesas y clavicordios, bailando grotescamente al sol, bajo la ancha copa de un pino. Desperté sofocando, y fuí a buscar alivio en la ventana.

Era una noche azul, hasta la transparencia. El plenilunio volcábase sobre la plazoleta del pueblo, fingiendo extraños tapices orientales, con la sombra irreal de los escasos paraísos. Las casas antiguas tenían su resignada y natural actitud; dormían en el silencio. Por eso parecíame más insólito aún este suceso. En casa de doña Blanca de Albuquerque, había luz; una luz tenue que dibujaba sobre el disimulo de las vidrieras el encaje tembloroso de las arañas.

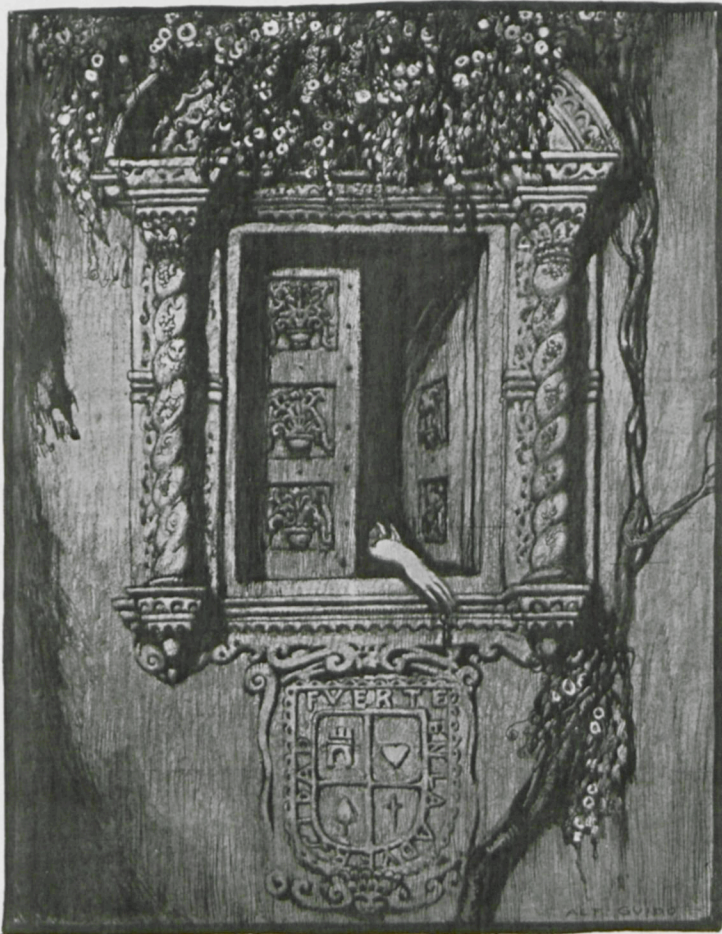
De pronto, desde un portalón vecino, como desprendiéndose de la sombra misma, vi adelantarse una silueta. Era una capa obscura y esbelta que andaba con paso de terciopelo; no vislumbré rostro ni sayo; sólo el brillo indeciso de un estoque entre los pliegues misteriosos. Al pie de las ventanas del palacio Albuquerque, la sombra dió un ligero silbido, que cruzó el aire, rápido, como el sutil aleteo de un murciélago. Entonces aconteció algo extraordinario; entornóse un apollillado postigo, y una mano hermosa dejó caer un objeto que produjo un ruido metálico al golpear las piedras de la calzada.

La misteriosa silueta lo recogió, y fuése hasta el portalón obscuro. Adiviné que era la llave de la casa solariega. Por un momento la casa sombría ocultó las armas de los Albuquerque, que se recortaban en el claro de luna, con su divisa arcaica: «Fuerte en la adversidad», entreabrióse la puerta, volviéndose a cerrar con sigilo, y...

«el silencio se hizo, casto como la nieve...»

Una vez más la leyenda triunfó de la realidad. No diré si estaba dormido o despierto, cuerdo o alucinado, si en el *Hotel de la Paz* o en el de la *Fantasía*, pero nunca puedo pensar sin inquietud en aquella manera especial de doña Blanca Zamora de Albuquerque, al preguntarme, sonriendo, entre sus cosas viejas:

— ¿Ha leído usted *El Estudiante de Salamanca*?



época hubiese todavía persona tan tierna e inocente que hallase su felicidad en los octosílabos del *Estudiante de Salamanca*.

Para la dama de Albuquerque, aquello era natural oficio; bastaba para comprenderlo, esa sonrisa suya, perpetua como rosa de seda.

— En cuanto a mis muebles y a mis cosas — prosiguió la señora, cortando mis reflexiones — no tienen más valor que el que yo les presto. Son antiguallas de mis antepasados, que se harían polvo al sólo traspasar el umbral de mi casa; — y continuó como en una elegía — camas donde nadie descansa, sillas donde nadie se sienta,

EL RELICARIO. • VINETA-COLONIAL • POR FERNÁN FÉLIX DE AMADOR

DEBUIOS

D GUIDO





O T O Ñ O
G O U A C H E D E L A R C O

Páginas Femeninas

Un año tan sólo ha transcurrido desde que abordáramos, en esta misma *página femenina*, el tema que es hoy de palpitante actualidad en nuestro ambiente: el sufragio de la mujer... Ya entonces me atreví a afirmar que *debemos*

ser electoras, y que esperamos ser elegidas... El primer ensayo de voto femenino realizado en esta ciudad alegre y confiada por un núcleo de activas e inteligentes propagandistas, ha logrado interesar vivamente la opinión, suscitando, como era de esperar, el comentario general y no poca controversia... ¿Será posible que lleguemos a alcanzar en breve plazo esa anhelada plenitud de nuestra vida, que nos permitirá trabajar en perfecta colaboración con el hombre, para la mutua felicidad y para el incesante progreso colectivo?

«Todas las mujeres — transcribo para ustedes, lectoras amigas, algún párrafo del manifiesto dado recientemente por las precursoras del movimiento electoral entre nosotras — tienen intereses que defender y derechos que afirmar. Como madres, sus anhelos están concentrados en el mejoramiento de las condiciones de vida de los suyos: mejores viviendas, mejores alimentos, mejores vestidos, mejor educación para sus hijos. Como maestras, sus aspiraciones están en el perfeccionamiento de la escuela y de su mecanismo directivo, en el cual *deben tener una mayor intervención*. Como obreras y empleadas, aspiran al mejoramiento de las condiciones del trabajo: mayor higiene, mejor salario, y afirmar, ante todo, el principio: a igual trabajo, igual remuneración.»

Creo sinceramente que muchos de los que impugnan con acerba ironía la valiente iniciativa no han leído o no han comprendido tan sencilla, tan neta exposición... No he de reiterar una vez más la opinión exteriorizada ante ustedes, siempre que hemos tratado de este problema mundial; y no creo que ningún hombre de letras de actualidad se atreviese a afirmar hoy, como lo hiciera Oscar Wilde en su época, que «el mundo fué hecho para los hombres y no para las mujeres...» Estas tendrán que luchar todavía contra muchos prejuicios en nuestro ambiente, pero hay que recordar aquel hermoso decir: «*la mano que mece la cuna, mueve el mundo...*» ¿Qué corazón de madre no palpitará gozoso al pensar que ella puede coadyuvar con toda su inteligencia, con su claro criterio al mejoramiento de las condiciones de vida para los suyos? Y esta ilusión podrá llegar a trocarse en realidad el día que la mujer pueda votar y ser elegida... Sin embargo, no puedo juzgar un éxito, como lo aseguran las optimistas, el reciente ensayo de campaña electoral femenina:

ni el número de votantes ni el resultado del escrutinio han podido responder a mi anhelo de progreso colectivo; pero han revelado, en cambio, que *hay algo*, como expresó con cierto temor un autorizado colega... Ese *algo*, debe, pues, encauzarse, porque seríamos nosotras mismas las responsables, si el leve destello, la chispa intermitente, no se hace luz clara y perenne, que alumbre intensamente, en vez de agitarse como febril y peligrosa llamarada destructora...

Para evitar tan grave riesgo, que daría dolorosamente la razón a los detractores del sufragio femenino en la Argentina, debemos seguir resueltamente el impulso dado por las precursoras del movimiento feminista; en todos los círculos, desde los más cerrados, calificados de conservadores a ultranza, hasta los que siguen con vivo interés la moderna, liberal evolución, figuran personalidades femeninas que habrían *votado* con entusiasmo, como si el interesante simulacro fuera sólo el pórtico de la anhelada innovación; sin embargo, el temor de ponerse en evidencia y suscitar crueles críticas, el terror de verse sorprendidas por el peor de los enemigos — ¡el fotógrafo! — detuvo a muchas: me detuvo a mí misma, lo confieso...

El triunfo dado por el ensayo al partido socialista no entraña, seguramente, el reflejo de la opinión femenina; han votado — con raras excepciones — las que sienten, más que ninguna otra, la necesidad de reformas transcendentales en nuestras leyes; el mejoramiento de las condiciones de su trabajo; mayor higiene, mejor salario; las que reclaman *a igual trabajo, igual remuneración*... las que anhelan la sanción de leyes que repriman el alcoholismo, enemigo implacable de los hogares humildes...

El ensayo no ha conmovido, en cambio, a ninguna de las que dejan correr la vida indolentemente; esas ignoran lo que significa luchar por el bienestar de los suyos, ya que ellas disfrutan de todas las ventajas de la existencia... Los espíritus altruistas, los corazones generosos, amplían su actuación fuera del hogar, empleando su inteligencia y actividad en obras de beneficencia; las egoístas, las cabecitas huecas, reparten las horas libres — pocas son las que dedican al propio hogar — en el insubstancial visiteo, en inútiles correrías por las tiendas, en la partida de juego, en *tanguear*, con fervor digno de mejor causa; a esas no las interesa el problema mundial, naturalmente; pero las que debemos llamar *dirigentes* por sus condiciones morales e intelectuales, y porque ocupan una situación destacada en la sociedad de nuestro país, merced a la tradición de su hogar y a las ventajas pecuniarias que dan tantas facilidades para realizar el bien en todas sus orientaciones, esas deben hacer valiente, sinceramente, su profesión de fe, y prepararse para cumplir serenamente con *el deber de votar*, puesto que vamos hacia esa solución más aprisa de lo que afirman muchos adversarios del sufragio femenino. La iniciativa de este singular comicio ha alarmado a los espectadores, constituyendo el obligado comentario de actualidad... y es realmente curioso escuchar la apasionada opinión de los que temen ver derrumbarse las viejas prácticas que afirmaban su soberanía indiscutible, «la egoísta tiranía del que cree *ser más*, obligando la triste sumisión del menos fuerte...»

Días pasados se suscitaba el tema de actualidad, en elegante sobremesa; manifesté tranquilamente mis opiniones, *subversivas*, para aquel círculo de personalidades que creía conservadoras a ultranza... y tuve la suerte de ver exaltarse a dos conocidos caballeros, adversarios decididos de la emancipación femenina; les dejé explayarse a gusto, esperando reflejar para ustedes, lectoras mías, la síntesis de su inconsciente egoísmo... Entre las elegantes figuras femeninas que rodeaban la mesa, las opiniones fueron encontradas; las hubo, aunque algo tímidas, a mi favor... La dueña de casa, prestigiosa matrona de mirada muy joven aún, bajo la nivea cabellera, expuso que debía concederse el voto a las mujeres, mientras no constituyera esta ventaja el derecho a ocupar una banca en el Congreso; me horrorizaba, añadió, el ver a una mujer haciendo la propaganda de su candidatura, organizando comités, discutiendo con acritud con alguno de sus colegas... ¡y sería una amargura indescriptible para mí el que actuara en esa forma alguna de mis hijas!

— Y eso, repuso uno de mis adversarios, clubman aristocrático a más no poder, que no cuenta usted con el terrible peligro que revela este simulacro: «los partidos extremistas se apoyarán en esa fuerza para intensificar su acción disolvente, no nos quedará hogar, ni siquiera patria...» (repetía, naturalmente, y punto por punto, cierto parrafito del colega ya citado...)

— A lo que refería el otro: ¡No, señor; el peligro no está ahí! El día que se conceda el voto a la mujer, serán los clericales los árbitros de nuestro destino, puesto que la mayoría de las votantes consultará con el director espiritual antes de concurrir a los comicios!

Los ánimos se exaltaron, y no hubo acuerdo posible; me atreví a intervenir, entonces, diciendo: en el peor de los casos, quedarán las cosas como están... pero si la nota femenina, la consciente, serena y ecuánime no lograra imponerse, de acuerdo con nuestras aspiraciones políticas — el círculo era demócrata, por más que sus representantes olvidaran que *nuestro* ilustrado jefe ha declarado recientemente ser partidario del sufragio femenino — si la mayoría extremista sofocara nuestra actuación, siempre se obtendría un resultado altamente beneficioso para la mujer y el niño, para la moralidad y la cultura en nuestro país; toda mujer lleva una chispa de ideal en su cerebro, en su corazón... y por sobre todas las mezquindades de nuestra vida política, surgiría el destello del alma femenina, todo cariño y abnegación, como lo ha probado con creces el sublime, incesante sacrificio de la mujer moderna, durante la tragedia más pavorosa de la historia...

Llegado el caso, no habrá *una sola mujer*, por más avanzadas que sean sus ideas, que consienta en que el compañero de su vida, ni los hijos que constituyen toda su alegría, sean sacrificados, como lo han sido recientemente en el trágico, insaciable vértigo que destruyó millones de existencias!

Amigas y lectoras mías, hagamos serena, valientemente nuestra profesión de fe; preparémonos para colaborar en la obra común afirmando con noble y generosa actuación todas las tradiciones de nuestra raza; debemos seguir el glorioso ejemplo de nuestras antepasadas... Ellas supieron ser enérgicas, heroicas, generosas y, sobre todo, exquisitamente femeninas... elevemos nuestros corazones, para inspirarnos en ellas y poder intervenir en los destinos de nuestra patria, colaborando en la formación de sus leyes; conservemos, como en sagrada custodia, el espíritu de nuestra *nacionalidad*, el culto del hogar, y triunfaremos! porque la mano que mece la cuna, mueve el mundo...

LA DAMA DUENDE



S. A. R. LA INFANTA DOÑA EULALIA, AUTORA DE UN LIBRO SENSACIONAL.



LADY ASTOR, REPRESENTANTE DE LA MUJER INGLESA EN EL PARLAMENTO.

TÚ ME HAS SONREÍDO

Tú has sonreído, hijito mío, al mirarme con tus divinos ojos, más límpidos que las linfas cristalinas de los lagos que retratan los cielos, y en esa primera sonrisa a tu madrecita brilló todo un mundo desconocido de emoción.

Y a mí me pareció que me decías: ya sé quién eres tú, madre mía. Por eso mi felicidad tiene la unción religiosa de un sentimiento que no cabe en el alma y se diluye en el espacio embriagándose de luz.

Y recordando la sonrisa, yo sonrío.

TÚ ME MIRASTE

Por un largo instante, mientras te contemplaba yo, en mis brazos, tú me miraste. Muy serios, tus inocentes ojos posáronse en los míos, y tu pequeña madre se sintió cohibida como si en tu mirada purísima la hubiera observado Dios.

Me pareció, mi pequeño bien, que tú querías decirme: soy algo desprendido de tu alma y tu ser; tú eres, pues, inmensa para mí, y yo te busco siempre porque no sé de nada más que de ti.

Y me sentí loada en tu mirada, porque mi corazón para amarte es tan grande, que el mundo entero en él sería pequeño. Y sentí también que entre tu almita blanca y la mía había una inefable comunión, más preciosa, más santa que todos los lazos terrenales de las almas, hijito mío.

TÚ ME COMPRENDES

Me lo has dicho con el balbuceo ininteligible de tus labios, en tus gritos que ensayas con la divina torpeza de tu boca. Es intraducible todo lo que tú me dices, pero yo te comprendo y somos los dos felices. Nadie en el mundo podría entenderse mejor, y cuando te tiendo de lejos los brazos y te llamo riendo, tu alegría de pajarillo inquieto te estremece como en un aleteo y brincan en el aire tus piececitos que no saben andar.

TÚ DUERMES

En el regazo mío tú duermes y yo te contemplo con el alma temblándome asomada a los ojos llenos de embeleso. Me parecen tan hermoso, que un repentino temor me asalta y te oprimó más contra mi corazón.

Tu carita rosada, de mejillas más dulces que la flor de durazno, tu boquita golosa que es un poema vivo y fragante de besos, tus párpados de sedosas pestañas que irradian la serenidad inefable de tu sueño, te asemejan tanto a un ángel, pequeño bien mío, que he tenido miedo... Pero tú eres mi ángel de la tierra y tú no tienes alas para volar, y tus piececitos de rosa no saben caminar siquiera... ¡Pero eres tan hermoso! Por eso sentí miedo y te estreché más sobre mi corazón mientras dormías en mi regazo.

TÚ HABLAS YA

Hablas en tu divina incoherencia muchas cosas que yo quisiera comprenderte para saber qué dicen los ángeles. Cuentas a tus deditos primorosos largas historias inefables, y tus labios, descendiendo de su celeste idioma al nuestro, se han plegado como los míos para llamarme «Má, Má!» La más dulce, la más santa y bella palabra oída jamás: ¡Má, Má! Y me ha parecido al escucharte,

¡Mozart! ¡Música divina! ¿Qué eres sino la revelación de «los Misterios gozosos»? De los Misterios gozosos realizados en la tierra con mezcla de dolor, y en el Cielo celebrados con gozo sin mezcla.

¡Los Misterios gozosos de la tierra! Todos ellos contienen sufrimientos. Mas ¿qué importa? Ellos — como la música de Mozart — pueden darnos la impresión de que imploramos, no en un «valle de lágrimas» sino en un valle de rosas y azucenas. En un valle de rosas y azucenas, donde las mismas lágrimas se convierten en las perlas adorables del rocío...

Con los Misterios gozosos de aquella música, la más pura que se escribió sobre la tierra, se está siempre en éxtasis, y siempre de rodillas, ya sea en un valle de espinas o en un valle de azucenas. Allí el cielo es siempre azul, y púedese siempre mirar hacia arriba, adonde asoma la Belleza, su faz serena.

¡Y luego aquel goce de la verdad! ¡Todo lo que esa música nos dice, todo cuanto sus Misterios gozosos nos revelan, es tan cierto! ¡Es verdad en la forma, verdad en la expresión! Nos ponen en el valle de la *certidumbre*. Y están allí, entre aquellas certidumbres, las horas transparentes en que la vida se hace a la vez más comprensible y más maravillosa. Son las horas diáfnas, las horas luminosas en la historia de las almas.

He aquí lo que me dicen la música de Mozart y las escenas de la vida de la Virgen sin mancha, que la Iglesia ha señalado con el nombre de «Misterios gozosos». No sé por qué misterio—gozoso para mi alma—no he podido nunca separar en mi espíritu aquella música de aquellos misterios...

M A T E R N A L



M A R T H A T A I N D E T R A B A

que el mundo se llenaba de una armonía nueva, y que mi vida no tenía horizontes.

COMIENZAS A VIVIR

Cada día que pasa, la vida va dejando en ti una nueva fuerza creadora.

Ya tus pupilas diáfnas me dicen el asombro de todas las cosas y una interrogación indefinible que a veces tiene la sombra de ignotos temores. Comienzas a vivir la vida que más tarde se hará para ti también inmensa; y así llevándote en mis brazos, mi pequeño bien, amo la impresión de que al ser yo tu dadora de vida, ella fluye únicamente de mí para ti y mis manos tejen con caricias mil sueños buenos de ventura.

¿SABES QUIÉN SOY?

Tengo junto a ti el destino de esos humildes ángeles de la guarda, que silenciosamente viven la existencia de cada ser, velando sus pasos. De esa existencia tuya, yo seré la pequeña sombra inseparable.

Tus días felices cantarán sonoros en mi corazón y haré míos todos los pesares que agiten tu alma. Y aunque tú te ocultaras, mi corazón te presentaría siempre, porque tu vida es una fragmentación de la mía, su continuidad, el latido más hondo de mi ser, y también, hijito mío, mi responsabilidad ante Dios, porque tú eres un don del cielo que hizo bendito, como el de la virgen, mi regazo.

ERES LA GRACIA VIVA

Todos los ritmos infinitos de la gracia, se anidan en ti. Desde que ensayaste tus primeros pasos, afirmando los rosados piececitos en la tierra, he descubierto un tesoro nuevo de emociones sutiles.

Eres la gracia viva, y te contemplo así ávidamente, y se ilumina mi rostro como si fuera con resplandores de cielo. ¡Puro embeleso mío! Yo lo siento con el afán eterno de lo fugitivo, con el ansia de vivirlo todo,

QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO EN EL ÚLTIMO CONCURSO LITERARIO CELEBRADO POR LA BIBLIOTECA DEL CONSEJO NACIONAL DE MUJERES.

mientras la vida veloz no lo transforma en sus crisoles complejos y divinos.

TU ALMITA DE CRISTAL

Como una placa de translúcido cristal sensitivo es tu alma chiquita desprendida de la mía.

Tiene reflejos cambiantes de ternura y de enojo, vibra ya en la percepción intuitiva del encanto cuando iluminada tu carita de júbilo envías besos alados a las blancas palomas viajeras y al claro cielo con sus fiestas de nubes, y al sol que pinta claridades en los altos árboles, y en las cornisas, bajando luego dulcemente.

Y tu almita de cristal está así llena de sonoridades, porque todo vibra en ella repercutiendo con ecos cristalinos en la expresión inocente de tus alegrías.

¿SABES LO QUE ERES PARA MÍ?

La emoción más honda y más grande. El rayito de sol que irisa en luz mis lágrimas. Mi afán infinito. La sonrisa que derrama en mis labios silenciosos su santa dulzura. Mi sed de sacrificio.

Eres el amor dulce de mi madre, que amándote, cual nunca he comprendido. Eres el amor del amado en la perfecta semejanza filial, y es así cómo mi corazón, siendo para ti inmenso, me parece pequeño, hijito mío, para encerrar todo lo que te amo.

TU ALEGRÍA DE VIVIR

Es alegría de pajarillos tu inocente alegría de vivir. Tú que sabes llamarlos con gritos iguales a su charla, y que imitándolos en un revuelo constante de tus *manitos* crees también que eres un pajarillo e intentas con la punta de tus piececitos presos volar, tienes su misma júbilosa dicha de vivir.

No has visto el goce de los gorriones locos, bañándose en los hoyitos de tierra removida y tibia del sol, pero como ellos te has tirado

en la arena dorada, y ríes así ante mis amenazas fingidas, con los blancos puñitos llenos, revolcándote como tus hermanitos del aire, avecita mía de la tierra.

ESPEJO DE MIS OJOS

Llena de expresiones cambiantes es tu carita inocente. Yo me miro en ella con una dulce vanidad de mujer, porque tu alegría iluminándome me presta una belleza que no cambiaría por el rostro más bello.

Si me alejo un instante, al verme nuevamente, el contento que irradian y tus efusiones preciosas de pequeñas caricias y gritos, traduciendo palabras que no sabes decir, me dicen que no hay nadie más linda que tu madrecita; me lo repites siempre, y mis ojos leen en el espejo límpido de tu carita mil elogios de amor.

CUANDO TÚ VINISTE

Cuando tú viniste, pequeño bien mío, yo también tenía una dulce madre que te esperaba. Te vió, y feliz entonces, se fué Ella hacia aquel cielo que tú dejaste para venir a mí.

Todas mis lágrimas al faltarme la Incomparable, las troqué para ti en sonrisas. Todo mi amor por Ella, marchito de dolor floreció en ti. Y mis labios empalidecidos cantaron arrullándote las canciones dulcísimas del amanecer de la vida, cuando por mi corazón tembloroso había pasado la muerte...

RÍE, RÍE

Del cielo líquido cae en hilos quebrados de cristal, la lluvia que diluye la maravilla azul.

Tus *manitos* aladas se tienden a las gotas cristalinas con un loco alborozo de deseo, y en tu carita cambiante, acallando tu ingénita obediencia, brinca el deleite del afán.

¡Déjame, madrecita!, me dicen tus labios con la vibrante gama de esa charla tuya, armoniosa como la de los pájaros, y en pequeños, tímidos revuelos, te acercas, extiendes las *manitos* ávidas, sientes la sensación de frescura y ríes, ríes apretando los puñitos que quieren llenarse del agua del cielo.

TÚ ERES BUENO

Dulce vaso de aromas derramado en mi hogar, es tu pequeña vida. Purísima dulzura vierten tus labios sobre los seres y las cosas en tus besos de seda.

Los besos de seda, que tú pides con una palabra de divina belleza intraducible, y que vuelan de tus labios fragantes, buscando las avecitas del cielo, como se posan aleteando mimosos en las plantas, o en el más humilde de tus juguetes, el sucio perrito de lana...

Claridad de cielo fluye de tus labios, que guardan el tesoro de la bondad intacta. Y yo pienso que la vida, con sus dilemas eternos, entregará ese frágil tesoro de hoy al vaivén de sus vientos, sus brumas y sus soles.

Sé siempre bueno, hijito mío, y hallarás el secreto de todos los éxitos, en la justa armonía de tu inteligencia y de tu alma.

«¿Qué incomprensibles cosas dices hoy, madrecita!» leo claro en tus ojos... Y yo pienso que si un día lejano estas páginas llegan a tus manos de hombre, tu espíritu se impregnará de impresiones distintas y tiernas, porque mi amor hace de ellas un santo breviario de emoción.

LOS MISTERIOS GOZOSOS



D E L F I N A B U N G E D E G A L V E Z

He dicho que veo también en ellos las horas luminosas de las almas. Y es por que todas las verdades del cristianismo se reflejan en cada alma como en un espejo, y son verdades en la historia de cada una de ellas, como en la Sagrada Historia.

Me ha revelado la música de Mozart que hay para todas las almas «Misterios gozosos»

ESCRITORA ARGENTINA LAUREADA EN UN CONCURSO LITERARIO EN PARÍS.

aunque contengan dolor. Hay para cada una de ellas el día de la *Anunciación*, cuando el alma presiente el don divino que le está reservado en esta vida. Ya sea el don de la Fe, el del Amor, o el de la Inspiración...

Luego las sonatas me dijeron el segundo misterio: la *Visitación*. Cuando habiéndonos visitado nuestro don, llevándolo ya en nues-

tras manos, buscamos al alma hermana que ha de compartir nuestro secreto gozo. Así acudía la Virgen a su prima Isabel...

Y llega con la música divina, la hora culminante; la del Nacimiento; la realización; el milagro del Verbo encarnado, de la ilusión, convertida en realidad, del amor compartido, de la verdad alcanzada, de la idea hecha mármol, verso, música...

Y viene—éste es el cuarto misterio—la ofrenda del Don, ya sea a nuestro amigo, ya sea a todo prójimo, ya sea sólo a Dios, en el secreto de nuestra alma. María ha presentado a su divino Niño ante el altar, y en presencia del anciano Simeón...

Y por fin—me lo ha dicho también aquella música, que es a veces dolorosa, pero sólo para hacer luego su alegría más intensa—ha de llegar para el alma el quinto y último de los Misterios gozosos: aquel que llena de gozo los Cielos y la tierra (pues suele ser la vuelta del hijo pródigo).

Y es el reencuentro del Bien perdido, ¿quién no ha perdido algo en el camino? Halló María su Bien, que buscaba desde hacía tres días. (¿Cuántos años le buscaste tú, alma mía?) Le halló en el interior del Templo después de haberlo buscado inútilmente por calles y por plazas... Así solemos encontrar en lo más hondo de nuestra alma misma, y aun en medio de tristezas, nuestra felicidad, cuando la creíamos huída de nosotros para siempre...

¿Quién comprendió la música de Mozart sin comprender estos misterios de luz, o sin siquiera presentirlos? Son Misterios gozosos, aunque contengan dolor, y por ellos podemos entrever los que han de celebrarse en el Cielo con alegría sin mezcla.



Sra
Luzana Cabral Hunter
de Naor



ARTE
ARGENTINO

ESPECTATIVA
OLEO
PLUS
ULTRA

ANTONIO
ALICE



La mujer que más brilla en sociedad, la que más aparenta divertirse, no es siempre la más feliz.

El torbellino de la vida elegante, las veladas pasadas en el ambiente cargado de salones y teatros, rápidamente apañan la belleza y destruyen el sistema nervioso, si es que no se han tomado precauciones para conservarlo sano, fuerte y vigoroso.

Iperbiotina Malesci

da nueva vida a los nervios gastados, fortifica el organismo, despeja el cerebro y equilibra todas las funciones orgánicas de la mujer.

Además purifica la sangre y evita los peligros que amenazan la salud a cada paso.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci — Firenze (Italia)
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

Unico Concesionario-Importador
en la República Argentina:

M. C. de MONACO
VIAMONTE, 871 — BUENOS AIRES

UNA ORIGINAL COLECTA DEL EJERCITO DE SALVACION



Una cabellera naturalmente ondulada.

EL buen stallax no solamente produce el mejor shampoo posible, sino que además tiene la propiedad peculiar de formar una natural y pronunciada ondulación en el cabello, efecto que seguramente desean casi todas las damas. Una cucharadita de las de café llena de granulados stallax disueltos en una taza de agua caliente,

INTERESANTE ENTREVISTA

Lo que opina la hermosa actriz Mlle. ALICE DELYSIA

deja amplio margen para hacer un magnífico lavado de cabeza y da al pelo una brillantez y suavidad que ninguna otra cosa conocida puede proporcionar. Es totalmente inofensivo y puede comprarse en casi todas las droguerías. Como hasta ahora ha sido poco usado para este propósito, el stallax sólo se vende en paquetes con sello original, conteniendo cada paquete cantidad suficiente para veinticinco o treinta shampoo.

Supresión del bozo en la mujer.

PARA las damas que ven su belleza desfigurada [por este molesto crecimiento de vello, constituirá una gran noticia saber cómo se extirpa de un modo permanente ese vello. Para este propósito debe usarse el porlac puro pulverizado, de cuya substancia casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza. El tratamiento se recomienda no sólo para la desaparición instantánea del vello que os desfigure, sino para matar por completo las raíces, sin que por esto sufra la belleza de vuestra piel.

Los barrillos dejan el campo.

UN remedio positivamente instantáneo contra los puntos negros, grasas y poros del rostro, recientemente descubierto, está ahora en general uso en todo *boudoir* de damas. Es muy sencillo

y tan agradable como inofensivo. Echese una tableta de stymol (que se vende en las droguerías) en un vaso lleno de agua caliente. Así que haya desaparecido la efervescencia producida, lávese la cara con el líquido usando una esponjita o un paño blando. Séquese la cara, y se verá que los pigmentos negros han abandonado espontáneamente su nido para morir en la toalla, y que los poros grasientos también han desaparecido y se han borrado como por encanto, dejando la cara con un cutis liso y suave y de una frescura encantadora. Este tratamiento tan sencillo debe repetirse unas cuantas veces con intervalos de cuatro o cinco días a fin de asegurar la permanencia del maravilloso resultado obtenido.

Cambiándole la cara a una mujer.

CUALQUIERA mujer que no esté satisfecha con su tez, puede cambiarla y tener una nueva. El pequeño velo mortecino de cutícula vieja es un estorbo y debe quitarse para dar lugar a que aparezca la piel vigorosa y nueva que hay debajo, dejándola respirar. Un remedio antiguo y casero, sumamente sencillo, puede realizar este trabajo. Compre cera pura mercolizada en una farmacia seria y aplíquela todas las noches en el rostro, lavándose con agua caliente por la mañana. La «mercolida» absorbe toda la piel muerta y deja un cutis hermoso y fresco como el de un niño. Naturalmente, desaparecen todas las imperfecciones de la epidermis, tales como pecas, manchas, barrillos, quemaduras de sol, etc. Es de uso agradable, eficaz y económico. El rostro sometido a este tratamiento, parece a los pocos días muchos años más joven.



¡Ven y oirás proposiciones!...

— Cree que me ha de deslumbrar con sus ofrecimientos de dinero y su posición social y fortuna.
¡No repara en el gesto de desagrado de todos los rostros, gesto causado por su cabeza desprovista de cabellos, horriblemente calva!...

* * *

Todo hombre que se estime debe tener perfecta conciencia del valor de su exterior. Si a un traje bien hecho y nuevo usted viste un par de zapatos sucios y viejos, descompleta usted el conjunto y desluce su ropa; si un rostro joven ostenta un cráneo desprovisto de cabellos, le da un aspecto de vejez prematura y ridícula.

Use usted para curarse el remedio universalmente reconocido como INSUPERABLE:

“Específico Boliviano BENGURIA”

SU SÓLO NOMBRE ES UN SELLO DE GARANTÍA

Hace desaparecer la caspa. Detiene la caída del cabello.
Devuelve a las canas su color primitivo.

CURA LA CALVICIE

*

UNICO LUGAR de ventas y consultas en la República Argentina,
atendido personalmente por el hijo del Inventor

Doctor RAFAEL BENGURIA B.

Avenida de Mayo, 1156 (PRIMER PISO)

U. T., 5753. Libertad

SOLICITE FOLLETO GRATIS

CERTIFICADOS:

Del Excmo. Señor Marqués Durand de la Penne, enviado extraordinario de Italia ante los Gobiernos de Chile y Argentina:

Señor Don Rafael Benguria B. — Santiago.

Tengo el agrado de manifestar que he quedado plenamente satisfecho de su tratamiento para impedir la caída del cabello y curación de la calvicie, siendo su Específico verdaderamente eficaz para dichas afecciones.

Al otorgarle el presente certificado, ofrezco a usted la seguridad de mi estimación. Suyo afectísimo,

E. DE LA PENNE.

Del señor Ricardo Echeverría P.:

El que subscribe, certifica que después de haber usado por más de dos años una infinidad de medicamentos sin ningún resultado contra la caída del cabello, calvicie, etc., he usado, por espacio de cuatro meses, el que venden y aplican los señores Benguria, de Bolivia, y he obtenido con él el evitar por completo la caída del pelo y tener al presente una gran cantidad de pelo nuevo, por lo que me doy por satisfecho de su resultado.

Doy el presente para los fines que convenga a los interesados.

RICARDO ECHEVERRÍA P.

JUGANDO CON LA NIEVE



EL EDIFICIO DEL COLEGIO BARNARD HABÍA SIDO BLOQUEADO POR LA NIEVE. EN VISTA DE ESTO, LAS ALUMNAS INTERNAS RECIBIERON ORDEN DE ABRIR UN CAMINO QUE FACILITASE LA ENTRADA A SUS COMPAÑERAS, TRABAJO QUE SE REALIZABA ALEGREMENTE.

MAPLE

DECORACIONES Y MUEBLES



PRESENTAMOS
ACTUALMENTE UNA
SELECCION MAGNIFICA
DE MUEBLES ANTIGUOS
Y REPRODUCCIONES DE
LOS SIGLOS XVII y XVIII,
VERDADERAS OBRAS DE
ARTE Y UNICAS POR
SU CLASE EN
SUD AMERICA

SUIPACHA, 658



Su linoléo casi nuevo

Puede Ud. hacer fácilmente que el linóleo deslustrado recobre el brillo que tenía cuando nuevo. Todo lo que necesita es tener Cera Preparada de Johnson y un lienzo. Así obtendrá un pulido seco y brillante de gran belleza y durabilidad.

En menos de una hora se puede pulir un piso de dimensiones comunes, facilitándose conservarlo limpio, y sobre el cual se puede caminar inmediatamente. La

CERA PREPARADA DE JOHNSON

Líquida y en Pasta

debe usarse para pulir su mobiliario, trabajos de madera y pisos, porque protege y conserva el acabado del barniz, cubriendo todas las raspaduras de la superficie. Limpia y pule con una sola aplicación.

La CERA PREPARADA de JOHNSON en Polvo

Con sólo rociarla sobre cualesquier piso, se obtendrá luego el mejor encerado para bailar. Las tiendas de su localidad gustosamente le proporcionarán la Cera Preparada de Johnson y los otros productos Johnson, tan útiles.



YANKEE SPECIALTIES AGENCY

RIVADAVIA, 1255 - Buenos Aires

EN VENTA: Gath & Chaves; Cassels & Cia; Maipú, 271; Ferreteria Francesa. Rivadavia y C. Pellegrini; Moore & Tudor, Moreno, 750; Alfredo Caches, Cangallo, 853.

S. C. Johnson & Son
Racine, Wisconsin, E. U. A.

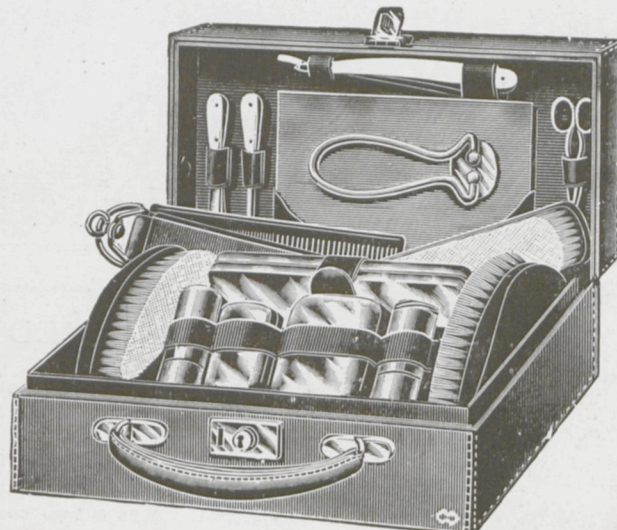
PEDRO E. MATTALDI

ARTICULOS DE VIAJE

MARROQUINERIA FINA

UNION TELEF., 2404, AVENIDA

COOP. TELEF., 3008, CENTRAL



VALIJAS CON UTILES

BAULES PARA CABINA

SILLAS Y MANTAS

667 - Sarmiento - 667



Las más elegantes mujeres del mundo usan los perfumes orientales de

BICHARA

Nombres de algunos de los delicadísimos perfumes:

CABIRIA	AMBREE EGYPTIEN	BOSPHORA
YAVAHNA	MYRBAHA (MYSTERE HINDOU)	OEILLET D'ORIENT
SYRIANA	CHYPRE DE LIMASOL	DELICES DE PÉRA
ROSE - ROSE	ROSE DE SYRIE	INDIANA
JASMIN DE SYRIE	VIOLETTE DE DAMAS	GAUDIKA
NIRVANA	NAHILA	LEILA
SAKOUNTALA		EMIRAH

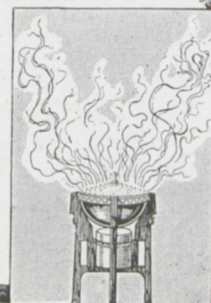
SACHETS POUR PARFUMER LE LINGE

BRULE — PARFUMS ASSIRIEN (pour les appartements)
CHARBONS ODORANTS — A l'ambre, Chipre, Nirvans, Sakountala, Jasmin, Rose, Violette, Muguet, etcétera.

En venta en las principales Perfumerías o en el Depósito General:

1202, ALSINA, 1202 - BUENOS AIRES
U. TELEF., 1133, LIBERTAD

EN MAR DEL PLATA: FOTO "WITCOMB"



EXPOSICION "EXCELSIOR" PARA INDUSTRIAS DE GRAN PORVENIR

Aves de 100 razas, huevos para empollar, Incubadoras modernas a lámpara o electricidad, Implementos para Avicultores, Colmenas, Enjambres de Abejas, Extractoras, Secadoras de Frutas, Máquinas de pelar.

PIDA CATÁLOGOS Y PRECIOS

CALLE BELGRANO, 499

BUENOS AIRES



FAJAS SOBRE MEDIDA PARA HOMBRES Y SEÑORAS

DISPONEMOS DE UN EXTENSO SURTIDO DE MODELOS, TANTO PARA EMBELLECEER EL CUERPO COMO PARA CUALQUIER DEFECTO DEL MISMO.

SE APLICAN EN LAS FAJAS, PLACAS PNEUMÁTICAS (LEGÍTIMAS) PARA LOS CASOS DE RIÑÓN MÓVIL, DILATACIÓN DEL ESTÓMAGO, ETC., CON RECETA MÉDICA.

MEDIAS Y VENDAS ELÁSTICAS, BRAGUEROS, ETC.

PIDAN PRECIOS

PORTA HERMANOS
CALLE PIEDRAS, 341 - BUENOS AIRES



GRANDE MAISON DE BLANC

6. BOULEVARD DES CAPUCINES

PARIS

LONDON

CANNES

MANTELERIA DE MESA
Y DE CAMA

LENCERIA - BONETERIA
DESHABILLÉS - AJUARES

LA GRANDE MAISON DE BLANC NO TIENE
SUCURSAL EN AMERICA

Maucci Hnos. e Hijos

Comunican a su distinguida clientela que desde el **1.º de Mayo** la Librería y Papelería, de calle Callao 368, trasladará sus escritorios y depósitos al amplio local

Calle Independencia, 664 al 672

VINOS AUTÉNTICOS DE FRANCIA

MEDOC
\$ 12 la docena



Pidan nuestro nuevo
Catálogo ilustrado.

CHAMPAGNE DUMINY & DE MARSAT
LIQUEUR DE LA VIEILLE CURE
GRANDS VINS MOUSSEUX
COGNAC "LA GRANDE MARQUE"

INTRODUCTORES:
MAHLER-BESSE & Cía.
524 - FLORIDA - 524
U. T. 741, RIVADAVIA
BUENOS AIRES



Alimento Mellin

PARA SU PEQUEÑUELO

Si cria a su pequeñuelo con biberón, dñele Mellin. Es el Alimento recomendado por el Cuerpo Médico desde hace más de cincuenta años.

Muestra y librito útil á quien los pida
á H. W. ROBERTS & Co, 31. Calle Esmeralda, Buenos Aires
ó á MELLIN'S FOOD, Ltd.
Peckham, Londres S. E. 15 (Inglaterra).



PARFUMERIE THISBE

PRODUCTOS
DE LUJO

SATISFACEN LOS GUSTOS
MÁS EXIGENTES.



Luxor



Perfumes Arrobadores

Sutiles efluvios de un jardín primaveral,
traídos por la brisa de la aurora,

— capullo de rosa entreabriendo su corola al
beso de dorada mariposa,

— conjunción divina de perfumes refinados
y sustancias exquisitas;

— he aquí la síntesis de los purísimos

PRODUCTOS de BELLEZA

Luxor

Por la originalidad de sus exquisitas fragan-
cias y la frescura incomparable que otorgan
a la piel, tanto los Productos LUXOR como
el Jabón Curativo ARMOUR no tienen rival
entre sus similares.

POLVOS, CREMAS, LOCIONES, EXTRACTOS,
SALES, JABONES, DENTÍFRICOS, TALCOS,
SHAMPOO, ARTÍCULOS DE MANICURA, etc.

*Pídalos en todas las Tiendas,
Farmacias y Perfumerías.*

ARMOUR & Co. - Chicago, Ill., E. U. A.

Representantes:

FRIGORIFICO ARMOUR de LA PLATA S. A.

Exposición y venta al por mayor:

660 - Avenida de Mayo - 670 - Buenos Aires

y Río Santiago (Provincia de Buenos Aires)



**PHILIPS
ARGA**

las lamparitas cuya luz
no altera los colores —

Fabricantes
PHILIPS LTD. EINDHOVEN
(Holanda)

Unicos Agentes
VILLY MARZONI
Buenos Aires

SALTZMAN



Color calibration chart with 24 color patches and resolution test chart.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz

Resolution test chart (lines per inch):

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2	9.0	3.2